

# ANIMORPHS

13



## El Cambio

K. A. Applegate

Lectulandia

Tobías se ha acostumbrado bien a su vida de ave. Aunque ahora es un halcón ratonero, su mente es todavía la de un chico. Al principio le costó adaptarse a estar atrapado en aquel cuerpo pero, después de todo ya no está tan mal. Pero ahora Tobías ha tomado una decisión muy especial, de la que ni los demás *anirmophs* ni Ax saben nada. Una decisión definitiva. ¿Seguirá siendo una rapaz?... ¿O recuperará su forma huamana?

**Lectulandia**

K. A. Applegate

# **El Cambio**

**Animorphs #13**

ePub r1.0

Sharadore 19.07.13

Título original: *The Change*  
K. A. Applegate, Noviembre de 1997  
Traducción: Raquel del Pozo  
Diseño de portada: Sharadore

Editor digital: Sharadore  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Michael

# 1

Me llamo Tobías. Los otros animorphs no pueden hablar demasiado de su vida, yo sí, y es que, como no tengo una dirección fija, no pueden encontrarme. Vivo en el bosque, cerca de una pradera. Ése es mi territorio.

En él, la pradera, rodeada de árboles, debe de medir una hectárea de largo y la mitad aproximadamente de ancho y hacia la zona norte se extiende una hectárea de bosque.

Mi territorio, claro está, es también el hogar de otros animales: búhos, arrendajos, zorros, mapaches, y sin olvidar las hormigas y arañas, pero de ningún otro ratonero de cola roja aparte de mí.

Me llamo Tobías y soy humano, al menos en parte. Mi cerebro es humano casi en su totalidad, eso creo. Recuerdo cosas de los humanos, sé leer y utilizo el lenguaje humano para comunicarme. Además, casi todos mis mejores amigos son humanos, y vine a este mundo en forma de bebé humano, es decir, con brazos, piernas, pelo y boca.

Sin embargo, ahora tengo alas, garras, plumas y, en lugar de boca, un pico curvado con el que emito sonidos salvajes. Con los humanos, hablo por telepatía.

Aquella mañana, y sobre todo a aquella hora tan temprana, no vi a nadie cerca, mientras esperaba paciente, posado en la rama de un olmo seco.

Mantenia la mirada fija sobre la pradera. Conocía al milímetro las rutas y madrigueras de los ratones, ratas y conejos que habitaban en los alrededores y lo que podía suponer el más leve movimiento de una brizna de hierba.

Mis ojos de ratonero alcanzaban a ver lo que para un humano resultaría imposible de imaginar. Era capaz de distinguir la vibración, por mínima que fuera, de un tallo de hierba que al pasar producía un ratón.

Mi oído también era prodigioso. Captaba el ruido casi imperceptible que hacía el roedor al masticar una semilla.

El roedor se hallaba a unos veinte metros, un blanco fácil.

Extendí las alas muy despacio para que no me oyera. Aflojé las garras que me sujetaban a la rama y levanté el vuelo. Mis alas se prendieron en el colchón que formaba el aire y me deslicé en silencio hacia mi presa.

La hierba se agitó y vi un destello marrón que se movió con rapidez, aunque no lo suficiente. El ratón trataba de escapar.

Proyecté mis garras hacia delante y desplegué las alas para amortiguar el descenso, moví una ala para girar y caí sobre mi presa como una roca. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando me elevé para transportar mi presa a un lugar más seguro, choqué contra una revista descolorida que alguien había arrojado allí. El viento pasaba las hojas una

a una. Anuncios, gráficos, fotografías del presidente con el dirigente de un país extranjero.

Entonces el viento cesó y la revista permaneció abierta por una página que mostraba la fotografía de una clase de chicos de mi edad. Algunos estaban aburridos y la mayoría prestaba mayor o menor atención al profesor. Sólo tres levantaban la mano, deseosos de contestar. Todo eso inmovilizado en una fotografía.

Era una clase como otra cualquiera. De hecho, me recordaba a las que yo había asistido. Yo sería uno de los que prestan atención, pero soy demasiado tímido para levantar la mano. Nunca he sido descarado, y menos todavía, agresivo. Para ser sincero, era el blanco preferido de los gamberros de mi clase, el que siempre recibe. En casa las cosas no eran mucho mejores, mi familia era un desastre. Siempre me habían tenido de aquí par allá, de casa de unos tíos a otros que ni siquiera tenían el detalle de acordarse de mi nombre la mitad de las veces.

Pero ese capítulo de mi vida había terminado.

## 2

Ahora soy un ave rapaz. Lo tengo asumido y reconozco que esto de ser pájaro tiene sus ventajas. Me mantengo bien alimentado y lleno de energía.

Batí las alas con la ayuda de mi fuerza muscular para ganar altitud, me remonté por encima de los árboles e intenté elevarme más allá de mi territorio hasta perderme en las alturas. Una corriente de aire cálido me dio el impulso que necesitaba.

Me encantan las corrientes térmicas que, al igual que una columna de aire caliente, se elevan desde el suelo como si hubieran sido calentadas por el sol. Me sumergí de lleno en ella y, como si se tratara de un ascensor, me transportó hacia las nubes.

Giré sin parar mientras ascendía cada vez más hasta convertirme en un diminuto punto en el cielo. Arriba y arriba, llegó un momento en el que el único sonido existente era el viento despeinando mis plumas.

Al mirar hacia abajo, distinguí una extraña criatura que recordaba a un ciervo azul, si no reparabas en los ojos de los extremos de un par de antenas que le sobresalían de la cabeza, y en su cola de escorpión.

Se trataba de Aximili-Esgarrouth-Isthill, el único andalita vivo de la Tierra. Somos muy amigos, bueno, todo lo amigos que pueden ser un chico pájaro y un extraterrestre.

<¡Ax-man! >, grité. Mi amigo siguió corriendo; es su forma de alimentarse. Pisotea la hierba y las hojas y, a través de sus pezuñas, absorbe los nutrientes vegetales.

<¡Tobías! ¿Qué? ¿De caza?>

<No, ya he desayunado. Te veo luego>

Agité las alas hasta elevarme por encima de las casas. Desde allá arriba no eran más que pequeños cuadrados de color gris y naranja con tejados marrones. El azul artificial de las diminutas piscinas relucía. El césped, verde y bien recortado, destacaba junto a los rectángulos que formaban los coches aparcados y las carreteras con líneas blancas en medio.

Atravesé la zona de las casas, crucé carreteras en dirección al colegio, quizá motivado por la fotografía de la revista o, simplemente, porque me apetecía.

Era la última hora de la mañana y la luz era tan nítida que podía ver sin problemas a través de los cristales de las ventanas.

Allí estaba Jake, líder indiscutible de los animorphs, aunque a simple vista nadie lo diría. Repanchigado sobre la mesa, con las piernas estiradas hacia delante y cara de sueño, intentaba por todos los medios mantener los ojos abiertos.

De Jake, más que de nadie en este mundo, depende el futuro de la humanidad. Qué extraño ¿no? Me refiero al hecho de que un chico granadote, con cara de sueño,



que lleva zapatillas de deporte y una cazadora, sea el líder de la única resistencia existente contra la invasión yeerk de la Tierra.

Mientras lo observaba, cabeceó un par de veces y se desplomó sobre la mesa. La chica sentada a sus espaldas le dio una suave palmada en el hombro.

Era Cassie, otro miembro de nuestro grupo. A Cassie le gustan todas las especies del mundo animal sin excepciones y le trae sin cuidado todo lo relacionado con el mundo de la moda. Aunque no es muy alta, da una sensación de fortaleza que más que física parece provenir de algo más grande que ella misma, como si fuera una prolongación de la tierra.

En cualquier caso, ésa es mi opinión. Par mí casi es como un buen soldado al servicio de la naturaleza. Supongo que suena un poco cursi pero dispongo de tanto tiempo para pensar que, a veces, me pongo demasiado solemne.

Retomé el vuelo, giré la esquina y en otra clase localicé a Marco. Mi amigo estaba hablando, qué sorpresa, y, acto seguido, la clase estalló en carcajadas, incluida la profesora que enseguida adoptó una expresión exasperada para disimular y recobrar la compostura. Tampoco eso era ninguna novedad. Así es Marco, le encanta ser el centro de atención.

Tardé un buen rato en encontrar al último miembro humano del grupo. No estaba en la clase en la que yo esperaba encontrarla. La vi de pasada, caminando por uno de los pasillos del edificio. Poco después salió al exterior, al patio vacío que separaba el edificio principal del gimnasio de los otros edificios provisionales.

Cuando salió a la luz del sol, su melena rubia resplandeció como si fuera de oro.

Os presento a Rachel.

¿Habéis conocido alguna vez a alguien que brille con luz propia? Rachel es un claro ejemplo.

<Hola —saludé por telepatía—, ¿adónde vas? ¿No me dirás que vas a hacer campana?>

Mi amiga no podía responderme. Veréis, sólo es posible comunicarse por telepatía cuando estás transformado, a no ser que seas un andalita. Sin embargo, puedes oírlo a la perfección.

Rachel se detuvo y, tras proteger sus ojos del sol con la mano, escudriñó el cielo en mi búsqueda. Después me saludó moviendo levemente dos de sus dedos.

Hizo un gesto indicativo con la cabeza en dirección al gimnasio. A continuación, abrió la carpeta y me enseñó una hoja de color amarillo sujeta al interior con un clip. Vaya, así que iba a entregarle un mensaje a un profesor.

Rachel debía de haber olvidado que mi vista llegaba mucho más allá que la de cualquier humano y por eso, detrás de la hoja amarilla, descubrí una especie de carta escrita en un papel muy elegante y dirigida a Rachel. Decía: «¡Enhorabuena! La fundación Packard te ha nombrado mejor estudiante del año».

Iba a felicitarle cuando me percaté de la fecha. La ceremonia de entrega de premios iba a celebrarse el lunes y estábamos a viernes. Seguro que ya había invitado a todo el mundo, excepto a mí. Lo cierto es que me resulta imposible asistir a ceremonias de ese tipo. Rachel ni siquiera me lo había nombrado y yo sabía por qué.

<Oye, quiero enseñarte una cosa después de clase —le dije esforzándome en sonar alegre—. Mis investigaciones sobre el estanque yeerk empiezan a dar resultados. ¿Por qué no me acompañas después de clase?>

Sonrió y asintió ligeramente para evitar que nadie se percatara de su gesto.

<Estupendo>, exclamé.

Desaparecí entre las nubes y mi amiga entró en el gimnasio.

Esto de ser un ratonero te permite hacer cosas increíbles, pero volar con Rachel es, con diferencia, la mejor. Claro que estar presente cuando le dieran el premio tampoco estaría nada mal.

A veces me preguntaba cuál sería mi decisión si tuviera la posibilidad de volver a ser Tobías, el humano, y olvidarme para siempre del ave rapaz.

Prefería no pensarlo. Tal vez no quería encontrar la respuesta.

### 3

Me pasé el día dejándome transportar por la brisa y repasando mentalmente las cosas que había descubierto en las últimas semanas.

Os cuento, el estanque yeerk es un gigantesco complejo subterráneo que se extiende desde el colegio hasta el centro comercial, como mínimo. Sabemos que existen entradas y salidas que no conocemos. Y eso es precisamente en lo que he estado ocupando mi tiempo. Me he dedicado a seguir a todos aquellos que sabemos a ciencia cierta que son controladores. Sus idas y venidas me han permitido averiguar la extensión del estanque.

No obstante, creo que más vale que retroceda y os lo explique todo desde el principio. Imagino que vosotros lleváis una vida normal, vais al colegio, salís con vuestros amigos, cenáis con la familia, veis la tele. En fin, lo que hace todo el mundo.

Pero ¿y si os dijera que vuestros profesores no son quienes creéis que son en realidad, o que vuestros padres se han convertido en dos extraños? Probablemente pensaríais que me he vuelto loco.

Entiendo vuestra reacción porque no os podéis hacer una idea de cuántas veces he soñado que nada de esto era verdad, que no había invasión yeerk alguna, ni gusanos yeerks en la cabeza de nadie, y que yo tenía manos y pies...

Todo comenzó cuando Jake, Cassie, Marco, Rachel y yo tomamos un camino de regreso del centro comercial a casa distinto al habitual. Atajamos por un solar en obras, abandonado y oscuro, y allí vimos aterrizar a la nave, pilotada por una extraña criatura mitad ciervo, mitad humano y cola de escorpión. Se llamaba Elfangor y era un andalita; después descubriríamos que era el hermano de Ax.

Nos contó quiénes eran los yeerks, una raza de gusanos parásitos que se extienden en secreto de planeta en planeta como una plaga galáctica mortal.

Los yeerks se introducen en los cuerpos, los controlan y convierten a los portadores en controladores, es decir, en esclavos absolutos. La raza de los hork-bajir ha sido esclavizada en su totalidad, así como los repulsivos taxxonitas, aunque estos últimos lo aceptaron de forma voluntaria. También se han apoderado de los gedds y de otras muchas especies.

Y ahora nos toca a nosotros.

Ya están aquí, entre los humanos. Se han colado en los cerebros de aquellas personas de las que menos sospecharíais: policías, profesores, amigos, padres, periodistas, curas e incluso vuestros hermanos o hermanas.

Fue el príncipe andalita, Elfangor, quien advirtió del peligro, y quien nos entregó su arma más eficaz: el poder de la metamorfosis. Con él podemos convertirnos en cualquier animal con sólo tocarlo. El único inconveniente es que si o vuelves a tu estado natural antes de dos horas, permanecerás para siempre atrapado en ese cuerpo;

y eso es precisamente lo que me sucedió a mí.

Pero los yeerks también cuentan con un punto débil. Cada tres días deben volver al estanque yeerk a repostar. Una vez allí, abandonan el cuerpo de sus portadores y se sumergen en el líquido fangoso del estanque para nutrirse de rayos kandrona.

Hemos bajado al estanque yeerk y es una experiencia que no le recomiendo a nadie. Jamás olvidaré aquellos gritos de desesperación.

Fue allí donde dejé de ser humano al sobrepasar el tiempo límite de las dos horas. Algún día conseguiremos destruir ese lugar, pero primero debemos conocerlo a fondo.

Eso es lo que he estado haciendo en los últimos días, buscar todas las formas posibles de entrar y salir de ese maldito lugar.

A eso de las tres y media de la tarde, mientras sobrevolaba el centro comercial, divisé a una majestuosa águila de cabeza blanca flotando imperturbable en una de las corrientes térmicas. Su cuerpo marrón destacaba entre las nubes, pero su cabeza blanca apenas se distinguía.

Las águilas no suelen frecuentar lugares como aquellos. Por lo general, prefieren la costa.

Aleteé con fuerza para cambiar de rumbo y ganar velocidad en dirección a ella. Estaba casi seguro de conocerla.

<¿Eres tú, Rachel?>, pregunté.

<Pues claro, ¿quién sino? Hace un día estupendo para volar.>

<Sí, es perfecto. Bueno, ¿estás lista para una pequeña travesía?>

<Por supuesto. ¿Qué ocurre?>

<Mientras tú y los demás os dedicabais a salvar al mundo, yo no he permanecido cruzado de «brazos»>

Alcancé a mi amiga y, como una bala, pasé por debajo de sus enormes alas, me giré y me coloqué delante de ella. Me estaba luciendo. En el aire, los ratoneros son más ágiles que las águilas, aunque éstas son mucho más grandes. Sería algo así como comparar un pavo con una gallina.

<Tobías —replicó mi amiga soltando un suspiro—, el hecho de que no puedas acompañarnos en todas las misiones no significa que tengas que hacer doble trabajo.>

<Vale, vale, lo que tú digas —repuse—. El caso es que he estado vigilando a unos cuantos controladores: Chapman y su mujer, aquel periodista, el policía que todos conocemos tan bien, y a Tom, por supuesto.>

Chapman es el subdirector de nuestro colegio y ocupa un cargo muy importante dentro de la jerarquía de los controladores. Tom es el hermano de Jake, y también es uno de ellos.

<Los he seguido y vigilado de cerca y he descubierto otras cuatro entradas al estanque yeerk, aparte de la que ya conocemos a través del centro comercial.>

<¡Eso es genial, Tobías! Cuantas más entradas conozcamos, más fácil será identificar nuevos controladores>, celebró Rachel. Se había quedado impresionada, y eso que todo lo que había hecho era volar con los ojos bien abiertos.

<Tengo mucho tiempo libre —expliqué. Sabía que no debería haber dicho lo que dije a continuación, pero no pude contenerme—. Ah, por cierto, enhorabuena por el premio de la fundación Packard a la mejor estudiante.>

<¿Te lo ha dicho alguien? —preguntó tras unos segundos de silencio—. No claro que no. Viste la carta que había en mi carpeta, ¿verdad?>

<Me llaman «ojo de ratonero»>, contesté con frivolidad.

<Tobías..., ya sabes lo mucho que me gustaría verte allí. Cassie irá, seguro que le encanta la ceremonia, ya sabes lo que disfruta Cassie con estas cosas. Marco, en cambio, se pasará todo el tiempo haciendo comentarios sarcásticos, y Jake aguantándose la risa>

<No importa —dije—. Lo único que me duele es que me ocultes cosas sólo por temor a herir mis sentimientos. No soporto que sientas pena por mí>

<No siento pena por ti>, mintió Rachel.

<Me alegro, porque..., sabes, me importa mucho lo que pienses de mí>

A continuación, retrocedí para quitarle importancia a lo que acababa de decir.

Pero ¿en qué estaba yo pensando? Rachel es humana, una humana de carne y hueso, y yo soy un ratonero. ¿Creéis que Romeo y Julieta estaban predestinados a enamorarse sólo por pertenecer a familias rivales? Bueno, al menos ellos eran de la misma especie.

<De todos modos, enhorabuena —repetí en un intento por sonar natural—. Y ahora sígueme, haremos un recorrido turístico por las entradas al estanque>

<En un día como hoy, te seguiría hasta el fin del mundo>, declaró Rachel.

<No vamos muy lejos. De hecho, sólo hasta el túnel de lavado de coches.>

<¿No me digas que están utilizando el túnel de lavado? Es increíble —se rió Rachel—. Hay que admitir que son ingeniosos.>

Volamos dejando un margen de separación entre los dos con el fin de alejar sospechas. Los ratoneros y las águilas, por regla general, no vuelan en manada como los gansos, por ejemplo. Por esa razón, nos manteníamos a unos noventa metros de distancia, aunque con nuestra poderosa visión y la capacidad de comunicarnos por telepatía nos parecía estar uno al lado del otro. Fuimos ganando altura, aprovechando las corrientes térmicas de la zona, y deslizándonos de una a otra. Bastaba con dejarse llevar hasta lo más alto de la columna de aire para después planear hasta la siguiente. Y así sucesivamente. Es una forma muy cómoda de volar. No avanzas muy rápido, pero tampoco te agotas.

Volar con Rachel bajo las panzas de las nubes resulta una experiencia fantástica. Sí, había perdido mi cuerpo humano, pero tenía alas. Y volar es..., bueno, estoy seguro de que también vosotros habéis fantaseado alguna vez con la posibilidad de hacerlo. Yo, desde luego, sí. Me veo sentado en clase, mirando por la ventana hasta el cielo azul, o tumbado sobre la hierba con la vista fija en lo alto y preguntándome cómo sería eso de tener alas y flotar entre las nubes, alejarse para siempre de los problemas de este mundo.

Volar es tan maravilloso como os imagináis. También cuenta con algunas desventajas, claro, es como todo. Sin embargo, si hace un día espléndido, y las hileras de nubes esponjosas dejan vía libre a las corrientes térmicas, no hay nada que lo supere.

<Oye, ¿dónde vamos? Creí que nos dirigíamos al túnel de lavado>, me recordó Rachel.

Me desperté de golpe. Miré hacia abajo y enseguida reconocí las carreteras y los edificios. Nos encontrábamos cerca del bosque, no muy lejos de la granja de Cassie.

<¿Cómo he llegado hasta aquí? —me pregunté—. Debo de haberme distraído. Lo siento. Es por aquí.>

Di un giro brusco a la izquierda y batí las alas con fuerza para ganar velocidad. Rachel no podía sobrepasar el límite de las dos horas, y ya habíamos perdido mucho tiempo. No podía creer que me hubiera despistado de aquella manera.

Durante un buen rato aleteamos sin parar.

<Um... Tobías, ¿soy yo que me estoy volviendo loca, o hemos vuelto al mismo sitio?>

Miré hacia el suelo. Tenía razón, habíamos vuelto al mismo lugar de antes, en el margen del bosque.

<Es imposible>, exclamé al tiempo que un escalofrío me recorría el cuerpo.

<¿Te has perdido?>

<¿Perderme? Pues claro que no —contesté—. Yo nunca me pierdo. Vamos hacia el sudeste y sé exactamente dónde estamos, pero yo no quería venir aquí.>

<¿Crees que ocurre algo raro aquí?>, me preguntó Rachel.

<Esto no tiene sentido —añadí—, yo me dirigía hacia...>

Y fue entonces cuando lo vi.

Sobrevolábamos la zona limítrofe del bosque, que separa la zona de cultivos, verde y bien recortada en cuadrados, de la zona forestal de olmos, robles y pinos de distintas clases. La frontera entre ambas zonas la marca una hilera de maleza que corre paralela a una valla de alambre caída.

Los árboles se extienden hacia la derecha desde la zona de cultivos hasta las montañas que se ven en el horizonte. Con mi visión de ratonero alcanzaba a ver la nieve en los picos de aquellas lejanas montañas.

Pero no fue eso lo que me llamó mi atención, sino un enorme roble que se deslizaba hacia un lado. Tal y como os cuento, se deslizaba, como si no tuviera raíces y lo hubieran puesto sobre un monopatín.

Y debajo de aquel enorme árbol se veía un agujero gigantesco.

<¿Qué demonios es eso?>, preguntó Rachel.

<No tengo la menor idea>, reconocí.

<El árbol entero... se está desplazando.>

<Y el agujero de debajo no es obra de la naturaleza —señalé—. Demasiado redondo. Parece hecho por el hombre.>

<Puede que no>, añadió Rachel en tono de misterio.

<¡Mira! ¡Hay algo debajo! Lo he visto moverse. ¡Va a salir! ¡Mira! ¡Está saliendo a la superficie!>

<Ya lo veo —replicó Rachel—. Pero ¿qué es? ¿Lo ves?>

Mi ángulo de visión era mejor que el de Rachel. Lo primero que vi fue una cabeza parecida a la de una serpiente con unos enormes cuernos apuntando hacia delante. A continuación, aparecieron unos hombros vigorosos y unos brazos con cuchillas en los codos y las muñecas. Los pies parecían de tiranosaurio y, para completar el cuadro, tenía una cola corta y llena de púas y más cuchillas en las rodillas.

Lo que salió de allí era una segadora asesina de dos metros.

<Hork-bajir>, contesté.

<¡Hork-bajir!>, bramó Rachel.

Hace un año aquel nombre habría carecido de significado para mí.

Pero ahora conozco de sobra lo que era un hork-bajir. El andalita que nos otorgó el poder de la transformación nos explicó que hace tiempo los hork-bajir habían sido una especie pacífica y honesta, pero que la raza entera había sido esclavizada por los yeerks y todos sus miembros se habían convertido en controladores, es decir, transportan un gusano yeerk en el cerebro.

A partir de entonces, y con el cerebro controlado por un yeerk, los hork-bajir se convirtieron en máquinas de matar con vida propia, increíblemente rápidos y resistentes. Con el cuerpo blindado y cubierto de cuchillas, no conocen el miedo. Han pasado a constituir las tropas de choque del imperio yeerk.

Los hork-bajir habían estado muy cerca de matar a Rachel en varias ocasiones, y todos hemos experimentado alguna vez el tacto de esas cuchillas.

<¿Qué hace un hork-bajir saliendo al exterior en plena luz del día?>, inquirió Rachel.

Observé la escena con detenimiento. El hork-bajir ascendía por una especie de escalera. Al alcanzar la superficie, parpadeó varias veces ante la luz del sol. Aquel monstruo parecía el mismo demonio en persona. Entonces vi, que detrás de él, subía otro hork-bajir.

<¡Son dos!>, exclamó Rachel.

<Sí, ¿y sabes una cosa? Para mí que tienen miedo de algo.>

Y justo en ese momento...

¡Ppppiiii! ¡Ppppiiii! ¡Ppppiiii! Aquel sonido taladraba mis oídos de ratonero.

La alarma provenía del interior del agujero abierto en la tierra. Los hork-bajir pegaron un bote. No se lo esperaban y, desde luego, estaban aterrorizados. Uno de ellos agarró al otro y pareció como si lo abrazara durante un par de segundos. Sin más tiempo que perder, se lanzaron a la carrera por en medio del bosque. Corrían como si en ello les fuera la vida.

Una cosa es cierta, los hork-bajir corren, y mucho, podéis creerme. Aquellas largas y enormes piernas avanzaban con pasos agigantados, arrancando todo lo que pillaban a su paso, al tiempo que con las cuchillas de sus brazos podaban arbustos, espinos y árboles pequeños, como una trilladora en un campo de trigo.

<¿Cómo vas de tiempo?>, le pregunté a Rachel.

<Me queda por lo menos una hora todavía>, contestó.

<¿Seguimos a esos dos?>

<Adelante>

Batimos las alas para recuperar la altitud perdida y así no perder la pista a los





automáticas y escopetas escupían fuego a destajo, y segaban los troncos que se interponían en su camino. Disparaban contra todo lo que se moviera. Aunque desde su posición no alcanzaban a ver a los hork-bajir, los pequeños destellos que éstos emitían eran motivo suficiente para abrir fuego.

<Les quedan diez segundos de vida —observó Rachel en un tono funesto—. ¿Qué vamos a hacer?>

<¿Quieres ayudar a los hork-bajir?>, pregunté incrédulo.

<¿No has oído nunca aquello de que «el enemigo del enemigo es tu amigo»? Los yeerks quieren matar a esos dos hork-bajir, ¿no? Pues para mí, ya es razón suficiente>

<Para mí también —añadí—. Tendremos que comunicarnos por telepatía y hablar con ellos directamente>

<Adelante>, replicó Rachel.

De haber tenido boca, habría sonreído. Rachel es tan valiente que, a veces, llega a ser imprudente. Eso es lo que me gusta de ella.

<Hey, vosotros, los hork-bajir de allá abajo>

Las dos criaturas vacilaron, como si les sorprendiera recibir un mensaje por telepatía. Cualquiera diría que aquél era su problema principal.

<Os quedan diez segundos de vida —informé—. Haced lo que yo os diga si queréis salir de ésta.>

## 6

<Para empezar, dejad ya de cargaros la vegetación, genios. Estáis dejando un rastro bien visible. Y en segundo lugar, cuando yo os diga... ¡saltad a la izquierda! ¡Ahora! ¡Saltad!>

Los hork-bajir saltaron a la izquierda justo en el momento en que dos motos pasaban de largo, no se los llevaron por delante de milagro.

Uno de los controladores vació dos cargadores enteros y redujo a serrín el tronco de un árbol.

<Muy bien, seguid en esa dirección>, indiqué a los hork-bajir.

La telepatía se parece al correo electrónico, puedes enviar mensajes a todo el mundo o a una persona en particular. Al principio es un poco complicado, pero enseguida te acostumbras.

<¿Se te ocurre algo?>, me preguntó Rachel.

<La verdad es que no me ha dado tiempo de pensar>, admití.

<¿Sabes de algún sitio seguro donde puedan ocultarse?>

Repasé mentalmente. En momentos como aquellos debía utilizar mi cerebro humano, no el del ave rapaz. Es imposible esconder a un par de hork-bajir en un árbol.

<Ya lo tengo. Hay una cueva que podría servir, si es que logramos que sobrevivan>

Los hork-bajir siguieron corriendo sin bajar el ritmo. ¡Oh, no! Dos camionetas a toda velocidad se acercaban en sentido contrario. Iban a cortarles el paso a los fugitivos. Los yeerks no perdían el tiempo.

<Esto es como una partida de ajedrez en la que le adversario tiene todas las fichas>, murmuré.

<Tobías, tú te conoces el bosque de cabo a rabo —señaló Rachel—. Al menos contamos con esa ventaja>

<Sí, esperemos>

Miré a izquierda y derecha. Sí, conocía el bosque a la perfección. Sabía dónde estábamos y reconocía cada árbol, barranco y riachuelo de la zona.

<Muy bien, chicos, a la derecha. Veréis una zanja. Ojo, os cierran el paso dos controladores, así que rodead por la derecha aquel montón de piedras de allí.>

Los hork-bajir dudaron, se detuvieron un instante y miraron a su alrededor confundidos.

<¿No me habéis oído?>

<Claro que te han oído —puntualizó Rachel—, lo que pasa es que tus indicaciones son demasiado complicadas>

<Estupendo. En ese caso, vamos a jugar a seguir al líder —respiré hondo y me

situé, sabía exactamente el punto en el que me encontraba. Plegué las alas para expulsar el aire de mis plumas con el fin de obtener la máxima velocidad en el descenso—. Muy bien, ¡ha llegado la hora de jugar a perseguir al gran pájaro!>

Pasé rozando sus cabezas.

<Sí, soy yo, el gran pájaro marrón con una bonita cola roja. Seguidme, y ¡no os alejéis!>

<¡Tobías! —gritó Rachel—. ¡Cuidado! ¡Una de las camionetas está a punto de arrollaros!>

Di un giro a la izquierda, y aquellos dos monstruos me imitaron.

¿Habéis volado alguna vez a máxima velocidad sorteando árboles en un bosque muy tupido? Probablemente no. Una cosa os puedo asegurar, es una experiencia vertiginosa, algo parecido a un videojuego a tope de velocidad en el que un falso movimiento implica quedar reducido a un amasijo de plumas y huesos.

<No me perdáis de vista, chicos, vamos a tener que dejarnos las plumas en esto>, exclamé. Me deslicé por entre los árboles tan juntos que rocé la corteza de sus troncos con las alas. Giré a la derecha con tanta brusquedad que casi me estrello contra un roble. Aleteé con fuerza para ganar altura antes de que los dos hork-bajir, no muy inteligentes por cierto, me pisotearan.

Desde arriba, Rachel me mantenía informado de la situación.

<¡Tobías! ¡Tres motos a tu izquierda, a punto de cerraros el paso!

«¡Detrás! ¡Tienes una camioneta justo detrás! ¡Han localizado a los hork-bajir!»

«¡Cuidado, Tobías! ¡Un tipo con una pistola!»>

¡BAM! ¡BAM! ¡BAM!, las balas cortaron el aire y dejaron desnuda de hojas una rama cercana.

Empezaba a notar el cansancio de mis músculos, pero con la emoción del momento apenas si me importaba. Aquello era una locura, un ratonero atravesando como una flecha el bosque, esquivando por milímetros los troncos de los árboles, casi rozando los árboles más jóvenes y cruzando territorios que pertenecían a otros pájaros y de los que, de haber reducido la velocidad, habría sido pasto en un abrir y cerrar de ojos.

Me había convertido en la liebre, y los hork-bajir en los galgos que no me perdían de vista. Debo admitir una cosa, puede que los hork-bajir no sean muy buenos a la hora de seguir indicaciones, pero saben muy bien cómo cumplir una misión.

¡SSSIIUUUMMM! ¡Por entre los árboles!

¡SSSIIUUUMMM! Me elevé justo a tiempo para esquivar una formación rocosa que me salió al paso.

¡SSSIIUUUMMM! ¡A la izquierda!

¡SSSIIUUUMMM! ¡A la derecha!

¡SSSIIUUUMMM! Todo recto, esforzando al máximo cada músculo de mi

cuerpo.

—¡Chhiiiiieerrr! —exclamé producto del miedo y del nerviosismo.

Aquello era volar y lo demás son tonterías.

Sin embargo, la cosa se estaba complicando. No conseguía despistar a las motos ni a las camionetas y todavía faltaba bastante para llegar a la cueva.

<Oh, ¡Dios mío! ¡Se acerca un helicóptero por el sur! ¡En dos minutos lo tendrás encima, Tobías!>

<Si el helicóptero nos alcanza antes de esconder a los hork-bajir, estamos perdidos. Vaya, ¡un río! ¿Sabrán nadar?>

<Yo diría que no>, contestó Rachel.

<Hork-bajir, ¿sabéis nadar? Si es así, cortar el próximo arbusto que encontréis.

Acto seguido, la mitad de un arbolillo cayó al suelo.

<Muy bien, ¡no me perdáis de vista!>

Di un giro brusco a la derecha y me arañé el vientre con una rama. Sorteé como pude las hojas y ramillas que interceptan mi vuelo.

<Menos mal que he desayunado bien>, murmuré.

<¡Tobías! ¡No sigas! ¡Te vas a dar de frente con las camionetas! ¡Hay hombres armados en la parte de atrás!>

<¡No me queda más remedio! —repliqué—. ¡Estoy al límite de mis fuerzas, y si paro ahora el helicóptero caerá sobre mí!>

<Bien, en ese caso habrá que deshacerse de los francotiradores>, añadió Rachel sin inmutarse, como si lanzarse en picado contra un tipo armado fuese pan comido.

<Rachel, ¿te he dicho alguna vez que eres genial? —dije a Rachel y a continuación me dirigí a los hork-bajir—: Continúad corriendo en esa dirección. ¡No os detengáis por nada del mundo!>

Me alejé y empleé toda mi energía en ganar altitud hasta que conseguí remontar por encima de las copas de los árboles, donde Rachel planeaba con sus majestuosas alas de águila. Si quería ganar velocidad en la caída, debía subir muy alto. A lo lejos, entre los huecos de los árboles, asomaban de tanto en tanto las dos camionetas, pegando botes y levantando polvo en su carrera desquiciada por detener a los fugitivos. Con tantos baches, los dos hombres, armados cada uno con una pistola y apostados en la parte trasera de las camionetas, se tambaleaban sin cesar y tenían que sujetarse con fuerza para no caer. Quizás eso les impidiera dispararnos, al menos por el momento. Era nuestra oportunidad.

<Tú a por el de la izquierda. ¿Lista?>, le pregunte a Rachel.

<¡Adelante!>, exclamó.

Nos lanzamos directos hacia los vehículos, al igual que los misiles de crucero, calculamos el punto exacto en el que la camioneta estaría en cinco segundos..., cuatro..., tres... Mi objetivo era un humano de mediana edad que bien podría trabajar en una ferretería o algo por el estilo. Aunque, en realidad, quien apuntaba el arma era el yeerk de su cerebro.

¡Dos segundos! El controlador me vio y frunció el entrecejo. Entonces se dio cuenta——

¡Un segundo! Alzó la pistola. ¡Dios mío! Aquellos dos cañones enormes. Saqué mis garras y las extendí por completo.

¡BAM! La bala me pasó rozando la cabeza. Por suerte sólo sentí la ráfaga de aire.

—¡Chhhiiieerrr! —exclamé al atacar. El hombre cayó al suelo al tiempo que se tapaba la cara con las manos y gritaba fuera de sí.

Al instante, Rachel se abalanzó sobre el otro.

Y un segundo después aparecían los hork-bajir. Iban a chocar contra las veloces

camionetas. Uno de ellos saltó y aterrizó de bruces en un lado del camino. El otro hork-bajir no reaccionó con la rapidez necesaria.

¡BUM!, la camioneta golpeó al hork-bajir que salió volando por los aires y aterrizó en una zanja llena de matorrales. ¡BAM! ¡BAM!, el tipo del que Rachel se había encargado disparaba a ciegas.

El primer hork-bajir se puso de pie, pero no echó a correr. Yo me encontraba muy cerca de él, lo suficiente para oírle repetir una palabra desesperado.

—¡*Kalashi!* ¡*Kalashi!*

<¡Muévete idiota!>, le grité al hork-bajir.

Las camionetas frenaron y levantaron una gran nube de polvo a su alrededor y, tras recorrer unos cuantos metros haciendo eses, lograron detenerse del todo. Entonces, de los dos vehículos empezaron a salir hombres armados hasta los dientes. Para colmo, aparecieron las motos.

¡BAM! ¡BAM! ¡BAM! ¡BAMBAMBAM!

El hork-bajir se quedó inmóvil. Levantó la vista para mirarme y dijo.

—¡No! ¡Mi *kalashi!* ¡Mi mujer!

<¿Mujer?>, repetí.

<¿Mujer?>, preguntó Rachel.

Creo que aquella era la última palabra que esperaba oír de boca de un hork-bajir.

<Dos segundos más y te habrán frito a balazos —le espeté tras recuperarme del shock—. ¡Corre, escapa, o estás perdido!>

Eché a correr.

Lo guié hasta un río que se encuentra medio escondido detrás de un grupo de árboles. Se metió al agua sin salpicar demasiado, para mi sorpresa, y se sumergió.

<Ha dicho «mujer» ¿verdad?>, le pregunté a Rachel.

<Sí, mujer>, confirmó mi amiga.

—¿Su mujer? ¿Has dicho mujer? —preguntó Marco incrédulo—. ¿Estás diciendo que existen hork-bajir hembras?

<Supongo —respondí—. Como comprenderás, no disponíamos de mucho tiempo para entrar en detalles.>

Era por la tarde y nos encontrábamos en el granero de Cassie. Yo me había acomodado en los travesaños del techo, con la vista puesta en mis amigos, Jake, Cassie, Marco, Ax y Rachel, que ya había recuperado su forma humana.

Con Ax allí corríamos grave peligro. Si alguien viera su aspecto verdadero, adivinaría enseguida que el chico es de fuera. Imaginad que os topáis con alguien que tiene ojos giratorios en los extremos superiores de un par de antenas, cola de escorpión y cuerpo de centauro.

Pero no teníamos opción. Había que arriesgarse porque Ax sabe mucho más sobre la raza hork-bajir que todos nosotros juntos. Además, desde mi posición, y a través de la abertura del techo, divisaba la casa de Cassie a la perfección. Y mi oído agudo y mi excelente vista me avisaría de inmediato si alguien se acercara.

El granero de Cassie es, en realidad, la Clínica de Rehabilitación de la Fauna Salvaje. Siempre está llena de todo tipo de animales de la zona y hay jaulas de alambre apiladas por toda la sala.

Los padres de Cassie son veterinarios. La madre trabaja en los Jardines, que es un enorme parque de atracciones en el que también hay un zoológico. El padre se ocupa de la clínica con ayuda de Cassie. En ella tratan animales salvajes heridos o enfermos. Por ejemplo, debajo de mí, aquel día, había toda una muestra de variedad de animales autóctonos: zarigüeyas, campañoles, conejos, mofetas, zorros, mapaches, etc. Algunos, sin duda, serían un bocado delicioso, pero respecto a ese tema, Cassie y yo hemos llegado a un acuerdo: no puedo comerme a sus pacientes.

Aparte de esos animales, también hay murciélagos y aves. De hecho, Cassie rescata palomas, cornejas e incluso arrendajos. Lo de las palomas, tiene un pase, pero detesto a las cornejas, los cuervos y los arrendajos. En el mundo de los pájaros son igual que la mafia, y muy listos. Trabajan en equipo y atacan a pacíficas aves rapaces como yo. En ocasiones, se organizan en grupos para robarme la presa. Y, de verdad, no hay cosa que me dé más rabia que seis o siete pajarracos de éstos buscándome las cosquillas. Pero, en fin, me estoy saliendo del tema.

—¿Cómo se distingue un hork-bajir macho de uno hembra? —preguntó Marco—. ¿Llevan maquillaje en las cuchillas de la muñeca? ¿O es por el color de las uñas de sus enormes pies?

—No nos dio tiempo a nada, ¿vale? —replicó Rachel poniendo los ojos en blanco—. A duras penas conseguimos conducir a uno de ellos a la cueva.



—¿Llorarán los hork-bajir hembras en las películas cursis como hacen aquí? — continuó Marco—. ¿Se pondrán sentimentales al ver a un bebé?

—¿Qué pasó con la hembra? —nos preguntó Jake a Rachel y a mí.

<No lo sabemos —contesté—. Cuando salimos de allí, seguía tirada en la zanja>

—Todo este asunto me huele a chamusquina. Nos quieren tender una trampa — observó Marco—. Me muero por saber si a los hork-bajir hembras también les repugnan los gusanos y las serpientes.

<No creo. Me refiero a lo de la trampa>

—Eso es lo que tú piensas de las chicas, ¿eh? —añadió Cassie alzando una ceja. Acto seguido, abrió uno de los cajones situado debajo de la fila inferior de jaulas, extrajo una serpiente y se la tiró a Marco.

—¡Ahhh! ¡Ahhhhh! ¡Ahhhhhhhhhhh! ¡Quítame eso de encima! —gritó Marco.

Cassie retiró la inofensiva serpiente de jardín y la devolvió a su cajón mientras todos se reían, excepto Ax, que no siempre entiende el sentido del humor de los humanos. Incluso Marco se reía.

—Bueno, muy graciosa, Cassie, eso no se hace. Y ahora, ¿qué os parece si nos comportamos como adultos?

—Claro, Marco —contestó Rachel—. Vete y automáticamente nos convertiremos en un grupo de adultos.

—¿Y si nos centramos en el tema, por favor? —pidió Jake con una sonrisa, así que nadie le tomó en serio.

—¿Por qué querría escaparse un yeerk... aunque se encuentre dentro de la cabeza de un hork-bajir? —preguntó Marco—. Más pronto o más tarde tendrá que volver al estanque yeerk. No tiene ningún sentido.

—Marco, tú eres tonto —soltó Rachel exhalando un suspiro—. Pero ¿es qué no lo ves? No son controladores, no tienen ningún gusano instalado en la cabeza. De alguna forma, esos dos hork-bajir han conseguido deshacerse de sus yeerks, están libres.

—¿No es demasiada coincidencia que justo pasarais por allí en el momento oportuno? —preguntó Cassie pensativa.

<Sí —repliqué—, la verdad es que sí, sobre todo teniendo en cuenta que yo me dirigía a otro sitio>

Aquello pareció suscitar el interés de Ax, que me observó con sus ojos móviles, al tiempo que miraba a Jake con los principales.

—¿Estás diciendo que...? —empezó Cassie, ladeando la cabeza, y con una mirada interrogativa.

—Escuchad —interrumpió Rachel—, hay que decidir qué vamos a hacer. Tenemos a un hork-bajir macho oculto en una cueva, y sabemos que los yeerks no se detendrán hasta encontrarlo. Además, por si no lo sabíais, un hork-bajir no es

exactamente un Stephen Hawking.

—¿Quién? —preguntó Cassie.

<Un físico humano —respondió Ax—. He leído algunos de sus escritos. Es una persona muy inteligente pero se ha equivocado al afirmar según qué cosas. Por ejemplo, cuando habla de la estructura de los átomos en...>

—Por favor, ¿podemos continuar? —exclamó Jake alzando las manos en un gesto de desesperación.

—¿Os acordáis del Jake de antes? ¡Qué divertido era! —suspiró Marco—, y lo que ha madurado en poco tiempo.

—Yo nunca he sido divertido —replicó Jake con una sonrisa forzada.

—No mientas, tú nunca has sido inteligente y siempre has sido divertido —se burló Marco.

—La pregunta es: ¿qué vamos a hacer con el pobre hork-bajir que llora por su *kalashi*? —preguntó Rachel—. ¿Qué podemos hacer?

Todos miramos a Ax a la espera de que él nos diera la respuesta.

<Nunca he visto un hork-bajir libre —reconoció Ax—. Han sido esclavos de los yeerks durante mucho tiempo. Imagino que lograrían escapar mientras el yeerk se sumergía en el estanque. De ser así, quizá sean los únicos hork-bajir libres de toda la galaxia, los únicos miembros libres de su especie.>

—Imaginad... —susurró Cassie—. Imaginad por un momento que sois los únicos humanos libres en el planeta.

Aquello terminó con todas las bromas y digresiones. Incluso Marco parecía meditabundo. Si los yeerks ganaban, a los humanos les pasaría exactamente lo mismo que a los hork-bajir: acabarían convertidos en esclavos del imperio yeerk.

—¿Y bien? ¿Qué vamos a hacer con el único hork-bajir libre de la galaxia? —preguntó Marco.

<¿Qué quiere hacer el hork-bajir?>, nos preguntó Ax a Rachel y a mí.

Rachel y yo nos miramos inmutables.

<Vaya —dije—, no se nos ocurrió preguntárselo.>

—Entonces eso es lo primero que vamos a hacer —decidió Jake.

En eso estábamos todos de acuerdo. Cassie no parecía tenerlas todas consigo. Por la expresión de su cara se diría que no estaba muy convencida.

—Sí —farfulló entre dientes—, y después habrá que averiguar por qué Tobías se encontraba en un sitio en el que no quería estar.

Creo que, aparte de mí, nadie más oyó su comentario.

Mi amiga tenía razón. ¿Cómo era posible que yo apareciera de pronto en un lugar al que no tenía intención de ir?

## 9

Nos costó decidir cómo íbamos a llevar a cabo nuestro plan. Al final, pensamos que Ax vendría conmigo, y que los demás se transformarían y permanecerían lo bastante cerca como para estar al tanto de lo que sucedía.

No sabíamos si contarle la verdad sobre nuestra identidad al hork-bajir. Todavía no estábamos muy seguros de que no se tratase de una trampa. No podíamos revelarle nuestro secreto a nadie.

Veréis, los yeerks están convencidos de que hay una especie de resistencia organizada que les ataca valiéndose de formas animales. Como sólo los andalitas poseen la capacidad de transformación, los yeerks presuponen que somos andalitas y que hemos organizado una guerrilla.

A nosotros, claro, nos encanta que sigan pensándolo porque no nos interesa que averigüen la verdad, que los animorphs sólo son un puñado de niños humanos. Si llegasen alguna vez a descubrir dónde viven Jake, Cassie, Rachel y Marco... bueno, sería nuestro fin.

La cueva donde se hallaba el hork-bajir era demasiado pequeña para una criatura de semejante tamaño. Por suerte, se hallaba oculta por matorrales y ramas caídas. Debía de tener unos seis metros de profundidad, pero de alta no haría más de un metro.

Me posé sobre una rama caída que había en la entrada de la cueva y esperé a que todo el mundo estuviera en posición.

<¡Hey, hork-bajir! ¡Ahí dentro! Soy yo, el pájaro parlante. Voy a entrar. Traigo a un amigo.>

Entre tanto matorral me resultaba difícil abrirme paso, así que Ax me adelantó y avanzó en primer lugar con extrema delicadeza. Con sus débiles brazos apartó la maraña de ramas y asomó la cabeza al interior de la oscura cueva.

La reacción fue inmediata.

—¡Hruthin! ¡Andalita!

Un brazo acorazado de cuchillas azotó el aire y a punto estuvo de segar la cabeza de Ax, que retrocedió de inmediato y enarcó la cola.

<¡NO! —grité—. ¡Escucha, tú, bestia, tranquilízate! ¡Ax-man, cálmate!>

El hork-bajir retiró el brazo y Ax relajó la cola.

Pasaron unos minutos antes de que los latidos de mi corazón se normalizaran. Cuando un pájaro se asusta, levanta el vuelo de forma automática. Instinto natural se llama. Y a mí me costó lo mío dominarlo y permanecer en mi sitio.

<¿Qué pasa?>, preguntó Cassie.

Miré hacia el cielo. Rachel y Cassie habían adoptado la forma de pájaro. Rachel se había convertido en un águila de cabeza blanca, y Cassie en un búho. El sol se

estaba poniendo, y en la oscuridad, un búho es mucho más útil que un águila. Las dos sobrevolaban la zona para asegurarse de que nadie nos molestara.

<Nada —contesté—. Estábamos intercambiando saludos. Y ahí afuera, ¿qué tal? ¿Todo en orden?>

<Sí, no se ve a nadie>, respondió Rachel.

Respiré hondo varias veces seguidas para templar los nervios. Ni Ax ni yo deseábamos volver allá adentro. Con un hork-bajir nunca se sabe lo que puede pasar. Un movimiento rápido y sin saber cómo tu cabeza puede acabar rodando por la hierba.

<Hork-bajir, sal de ahí>, exigí con firmeza.

La enorme criatura salió despacio de su escondrijo y se incorporó. La débil luz de la tarde le hizo parpadear.

—Hork-bajir no —dijo—. Jara Hamee. Me llamo Jara Hamee.

<Es una broma, ¿no? —me comunicó Jake en privado—. ¿Se llama Jeremy?>

Al mirar hacia arriba, vi una cara grande y redonda, blanca y naranja. Su mirada era profunda e inteligente y mostraba unos dientes amarillos de cinco centímetros de largo. Era Jake transformado en tigre. Se hallaba encaramado sobre un saliente de piedra por encima de la cueva. Un movimiento en falso del hork-bajir y Jake saltaría sobre él.

<Será mejor que seas tú quien hables con nuestro querido amigo Jara Hamee>, le pedí a Ax. Supuse que Ax era el más indicado para hablar con otros extraterrestres.

Ax extendió las manos en gesto de paz, y bajó su cola todo lo posible, aunque yo presentía que no le hacía mucha gracia. El aire se podía cortar de la tensión que se respiraba en el ambiente.

<Mi nombre es Aximili>, se presentó Ax.

—Hruthin. Andalita.

—¿Tú matarme?

<No, no voy a matarte>, contestó Ax.

—Hruthin matan hork-bajir —replicó el hork-bajir—. Hork-bajir matan hruthin.

<Vaya, ¿no es entrañable?>, comentó Marco con sorna.

Divisé a Marco detrás de un grupo de árboles que había a la izquierda. Recordaba a un enorme hombre peludo, un gorila para ser más exactos. Pensamos que si las cosas se complicaban con el hork-bajir, íbamos a necesitar fuerza bruta en abundancia.

<Los andalitas intentaron salvar a los hork-bajir de los yeerks>, se defendió Ax.

—*Darkap*. Fallasteis —le contestó el hork-bajir, fulminándole con la mirada.

<Sí, fallamos, pero ahora estoy aquí y no mato hork-bajir..., a no ser que sirvan a los yeerks>

El hork-bajir hizo un gesto brusco con la cabeza y emitió un ruido áspero con la

garganta. Sonaba a risa irónica, pero a saber. No podía imaginar cómo sería la risa de hork-bajir, ni siquiera sabía si reían.

¡PLAF!, el hork-bajir se golpeó el pecho con la mano izquierda.

Me sobresaltó tanto que levanté el vuelo.

—Jara Hamee se escapó de los yeerks —exclamó la criatura agitando el brazo—. ¡Jara Hamee libre! ¡Jara Hamee tiene cabeza propia! —con las dos manos ejerció una ligera presión en su cabeza de serpiente.

<¿Cómo sabemos que estás libre? ¿Cómo sabemos que realmente tienes cabeza propia?>, le preguntó Ax con frialdad.

El hork-bajir parecía confundido. A continuación, y ante mi sorpresa, realizó un rápido movimiento de brazo, que sólo yo con mi vista de ratonero pude apreciar.

<¡NO!>, chillé horrorizado. Se acababa de abrir la cabeza con las cuchillas de su muñeca. ¡Se había segado el cerebro él mismo!

<¡Arrgghh!>, exclamó Jake.

Aquel corte debía de tener unos trece centímetros de profundidad. Acto seguido, se agarró la cabeza con sus temibles manos y abrió aún más el corte. ¡Dios, se estaba abriendo la cabeza! Y no es que no le hiciera daño, el gesto de dolor en su rostro era evidente.

De la herida manaba sangre, o algo por el estilo, unas veces de color rojo intenso, y otras de un verde azulado aún más intenso. Se sostuvo la herida abierta para que Ax y yo examináramos su interior. Supongo que Jake y Marco también lo vieron con claridad.

<¡Madre mía! —exclamó Marco—. ¡Uff! ¡Eso tiene que doler!>

Jara Hamee juntó las dos partes del corte y apretó durante unos segundos. Ante nuestra sorpresa, la sangre se coaguló a una velocidad asombrosa y enseguida se formó una gran costra.

Entonces respiré de nuevo y recuperé el pulso.

<¿Has visto algún yeerk ahí dentro?>, le pregunté tembloroso a Ax.

<No —respondió temblando tanto como yo—. No he visto yeerks por ninguna parte>

<Ax-man, dime una cosa, ¿se te han puesto los pelos de punta o ese tipo de cosas os dan un poco igual a los andalitas?>

<No, Tobías, estoy tan impresionado como tú>

<No tenías que haber hecho eso>, le dije a Jara Hamee.

Su cara, si es que a aquello se le podía llamar cara, todavía se retorció de dolor. Respiraba con dificultad y sudaba el mismo fluido verde azulado que habíamos visto en el interior de su cabeza.

—Era necesario —gruñó en medio del dolor—. Jara Hamee es fuerte, pero Jara Hamee necesita ayuda.

<¿Ayuda para hacer qué?>, le preguntó Ax con suavidad.

El hork-bajir observó a Ax, y a continuación, posó la vista sobre mí.

—El animal volador vio a mi *kalashi*. Jara Hamee debe encontrarla. Jara Hamee... —le costaba dar con la palabra adecuada. Entonces hizo un gesto con las manos como si alguien le estuviera arrancando algo, como si alguien le estuviera quitando el corazón.

No cabía la menor duda de lo que quería decir. A pesar de la enorme diferencia entre nuestras especies, reconocí aquella emoción.

<La ama>, dije

—Jara Hamee ama —repitió el hork-bajir—. *Kalashi*, Jara Hamee libre. Quiere libertad.

Ax giró los ojos en mi dirección.

<Creo que dice la verdad>, declaró Ax.

<Sí, yo también>

<¡Eh, chicos! —llamó Cassie desde lo alto—. Tenemos compañía>

<¿Qué clase de compañía?>, preguntó Jake.

<Unas quince, tal vez veinte personas avanzan en nuestra dirección>

<Oh, oh, y por el sudeste también —informó Rachel—. Y... además ¡viene acompañado de un grupo de hork-bajir! ¿Cómo se atreven a sacarlos al exterior? ¡Si ni siquiera ha anochecido del todo!>

<Está claro que quieren atrapar a nuestro amiguito cueste lo que cueste —añadí—. Con esta luz es fácil distinguirlos. Se están arriesgando demasiado>

<Os están acorralando —informó Cassie—. Desde mi posición, veo también una pequeña tropa de hork-bajir. Esto no me gusta nada. Ahora mismo os encontráis prácticamente rodeados. En cinco minutos los tendréis encima>

<Hablando de la hora, es casi la hora de cenar —señaló Marco—. Si llego tarde a casa, mi padre me meterá bronca>

Jake se echó a reír y yo también. Así es Marco, preocupado por la regañina de su padre cuando estábamos a punto de ser rodeados por los yeerks.

<Podemos transformarnos en algún animal o pájaro pequeño —sugirió Ax— y escabullirnos con facilidad>

<Ya, pero eso no ayudaría demasiado al pobre Jara Hamee>, replicó Marco.

<Hay que hacer una maniobra para despistarlos —dijo Jake—, debemos encontrar una forma de distraer su atención>

<Los yeerks están buscando al hork-bajir a conciencia —observó Ax—. ¿Por qué iban a seguirnos a nosotros? Serían idiotas si lo hicieran>

<Es nuestra única esperanza —replicó Jake fríamente—. Nosotros podemos escapar, pero no creo que debamos abandonar a Jara Hamee>

Por mi mente, sin embargo, cruzó otra idea. Era una locura, sobre todo porque podía en peligro la vida de mis amigos. Yo no podía participar en aquella clase de misiones.

<Escuchad... —vacilé. Odio no poder estar en las mismas condiciones que los demás—, esto..., puede que haya otro modo...>

<¿Cuál?>, me preguntó Jake.

<Quieren un hork-bajir, ¿no? Pues vamos a dárselo>

<¿Estás diciendo que nos transformemos en uno? —inquirió Marco—. Arrgghh>

<Jara Hamee no es ningún animal —objetó Cassie—. Tiene sensibilidad y se da cuenta de lo que pasa>

<Ax adoptó mi cuerpo una vez —señaló Jake—, y, Cassie, tú te convertiste en Rachel>

<Lo que quiero decir es que primero debemos contar con su consentimiento —aclaró Cassie—. Pero, sea lo que sea, ¡decididlo ya!>

<Yo lo haré. Me transformaré en hork-bajir —propuso Rachel, y, acto seguido, descendió rozando los árboles con sus enormes alas de águila—. De todas formas, tengo que cambiar de forma ya. Está demasiado oscuro para los ojos del águila>

<No, debo hacerlo yo>, replicó Ax de inmediato.

<Ni hablar —objetó Rachel, que ya había empezado a recuperar su estado natural—. Yo tengo más derecho>

<¿Derecho?>

<Yo lo dije primero>, explicó Rachel.

Ax aceptó y miró al hork-bajir.

<Los yeerks se acercan. Uno de mis amigos está dispuesto a transformarse en ti para engañar a los yeerks. ¿Qué dices?>

—Jara Hamee odia a los yeerks —contestó la gigantesca criatura. Aquello respondía a la pregunta.

<De acuerdo. Ahora, date la vuelta, Jara Hamee —le ordené al hork-bajir—. Cierra los ojos y no los abras hasta que yo te lo diga. Si los abres antes de tiempo, el hruthin... este andalita de aquí te hará picadillo. ¿Lo has entendido? Bien, y ahora cierra los ojos>

El hork-bajir se giró obediente. Me habría reído de no haber sido porque estaba terriblemente preocupado por Rachel. La situación resultaba un poco ridícula, un monstruo de dos metros aceptaba órdenes de un pájaro de cincuenta centímetros de longitud.

Pero en aquel momento mi sentido del humor se había esfumado. Rachel se iba a transformar en un hork-bajir para distraer la atención de los perseguidores.

Me sentía fatal. Había sido idea mía. Una idea genial que pondría en peligro la vida de mi amiga.

La verdadera Rachel empezó a emerger del águila. Su cuerpo humano crecía con rapidez y, poco a poco, iba conformando una extraña criatura que parecía surgida de una pesadilla y que combinaba la pálida piel humana, con las plumas oscuras, un pico amarillo chillón y unas piernas cada vez más largas.

Habría dado cualquier cosa por estar en su lugar, pero yo no podía transformarme. Mientras ella se jugaba la vida en un intento por despistar al enemigo, y me encontraría a salvo en lo alto de un árbol.

Siempre igual. Mis amigos se exponían a todo tipo de peligros, y yo me limitaba a observarlos desde una posición privilegiada, y todo porque no podía cambiar de forma.

Al cabo de un minuto, Rachel había recuperado su estado natural por completo. Incluso en aquel momento, en el que todos estábamos muertos de miedo, Rachel parecía estar posando para una foto de revista, siempre sonriente.

<Rachel, no tienes por qué hacerlo>, advertí.



<Qué va, pero si lo está deseando —comentó Marco—. ¿Transformarse en hork-bajir? Por fin va a poder mostrarse tal y como es>

<Cierra el pico, Marco>, le espeté.

Rachel intentó tranquilizarme con su mirada, sus ojos parecían decir: «No te preocupes, Tobías». No lo dijo en voz alta porque ya era humana, y no queríamos que el hork-bajir descubriese por la voz que éramos humanos.

El hork-bajir no se inmutó cuando Rachel posó sus finos dedos sobre su espalda. Como era habitual, el monstruo languideció unos segundos cuando Rachel comenzó a absorber su ADN con el fin de adquirirlo.

<Chicos —llamó Cassie desde el cielo—, ahora en serio. Esto se está poniendo feo. Están muy cerca. Los veo desde aquí>

Hasta mi oído de ratonero llegaba el sonido producido por aquellas pesadas criaturas avanzando a golpes y arrasando el bosque a su paso. También percibí el chasquido metálico del roce de las armas contra los cinturones y el susurro de órdenes entre controladores humanos y hork-bajir.

<Cassie tiene razón —confirmé—. Nos quedan dos minutos máximo.>

Rachel asintió. Me hizo un guiño y después cerró los ojos y se concentró.

Los cambios se hicieron ver de inmediato. No quería mirar pero, de algún modo, sentía que era mi obligación para con ella. Al fin y al cabo, yo había sido quien la había metido en esto.

No podéis imaginaros qué extraño resultaba todo aquello. En el bosque ya casi era de noche y las sombras acechaban desde todos los rincones. Ni siquiera mi vista de ratonero traspasaba aquellas sombras tan oscuras. Por encima de nosotros, el cielo se teñía de un azul oscuro con pinceladas rojas y anaranjadas; todavía faltaba una hora para que anocheciera del todo, pero bajo la sombra de los árboles era ya noche cerrada.

Todos formábamos parte de aquella parada de monstruos: un hork-bajir con los ojos cerrados; un andalita, agitando su cola mortal ante la inminencia de la batalla; un tigre descendiendo de las rocas y deslizándose sinuoso en un alarde de poder casi líquido; un gorila erguido que utilizaba sus enormes puños como si fueran pies adicionales; y yo... el chico pájaro.

En medio de todo aquello Rachel crecía sin parar. Rachel es alta para su edad, pero en aquel momento estaba alcanzando la estatura de Michael Jordan.

Su piel oscureció, se tornó casi negra con una tonalidad verdosa. Sus delicados pies humanos se convirtieron enseguida en los pies con espolón y tres dedos de los hork-bajir. Aquellos pies se asemejaban a mis garras, salvo en el tamaño.

Su rostro se alargó y la mandíbula se proyectó hacia delante hasta alcanzar un aspecto similar al de la superficie de una bala. Sus ojos se estrecharon y acabaron convertidos en ranuras de color rojo. Y, entonces, empezaron a despuntar las

cuchillas.

¡SHUUPP!, cuchillas en forma de cuernos le brotaron de la frente.

¡SHUUPP!, más cuchillas emergieron en sus muñecas y codos.

¡SHUUPP!, y más en sus rodillas.

Rachel se había convertido en una cuchilla andante, en dos metros de potencia muscular mortal.

<Vaya —comentó Rachel—, así que esto es un hork-bajir>

<Ya puedes abrir los ojos>, le dije a Jara Hamee.

Obedeció, y se giró para encontrarse... consigo mismo. Rachel se había convertido en una copia idéntica del hork-bajir. Aunque estaba expectante, poco podía imaginarme lo que vendría a continuación.

—¡Yiiiihhrrrrraaaa! —chilló Rachel con tal violencia que hizo temblar las hojas.

—¡Yiiiihhrrrrraaaa! —replicó Jara Hamee.

<¡Callaos, idiotas! —exclamó Marco sin rodeos—. Estamos rodeados de yeerks>

¡SHHHIIIUUU! Rachel dio un manotazo en el aire, falló por los pelos.

Jara Hamee respondió de inmediato con una patada directa al estómago de Rachel.

De haber acertado, nuestra amiga hubiera quedado reducida a migajas.

Rachel contraatacó y Jara Hamee se defendió. Por suerte, los golpes no resultaban certeros, aunque poco les faltaba.

<¡Atrás! —gritó Jake—. ¡Basta!>

Jake estaba a punto de saltar para interponerse entre las bestias. Justo lo que necesitábamos entonces, una lucha a tres bandas entre dos hork-bajir y un tigre.

<Jake, ¡espera! Creo... creo que es una especie de ritual —informé—. Entre nosotros esto es el pan nuestro de cada día. Se trata de un ritual de fuerza>

Los hork-bajir se detuvieron. Acto seguido, con la cabeza bien alta, cada uno describió un círculo alrededor del otro, caminando de puntillas para ver quién era el más alto.

<No hay tiempo para juegucitos>, protestó Marco.

Tenía toda la razón. A través de los árboles me llegaron los reflejos de las linternas.

Jara Hamee y Rachel inclinaron las cabezas hasta que sus cuernos afilados con guadañas se rozaron con una delicadeza sorprendente.

<Rachel, ¿estás bien?>, pregunté.

<¿Qué?... Um... ¿Cómo?>, preguntó ella aturdida. Siempre que te transformas en una criatura nueva resulta un poco confuso al principio. Si los instintos de la criatura llegan a controlarte, la experiencia puede desbordarte. Al menos eso es lo que cuentan, porque en mi caso hace ya tiempo que no me transformo.

<Rachel, se nos acaba el tiempo —informó Jake—. ¿Seguro que puedes hacerlo?>

<Sí. Supongo que sí. Claro. Lo siento, es que por un momento me he dejado llevar. No percibo los pensamientos de Jara Hamee ni sus recuerdos, pero sus instintos me han arrollado>

<Jara Hamee, vuelve a la cueva —ordenó Jake— y no salgas. Todo el mundo

listo. Todo lo que hay que hacer es desviar a los yeerks. No buscamos pelea. ¿Entendido, Rachel?>

<Mmm-ummm, claro —respondió Rachel al tiempo que comprobaba sus cuchillas—. Lo que tú digas>

<Rachel, todavía estás a tiempo de echarte atrás>, insistí.

<Apuesto diez dólares a que dice: «Adelante»>, interrumpió Marco.

Rachel giró su cabeza de serpiente hacia Marco y sonrió, o al menos aquello era lo más cercano a una sonrisa de hork-bajir.

<A... por ellos>, añadió Rachel.

<Eso no vale —se lamentó Marco—. ¡Tramposa!>

De repente, surgieron de la nada cuatro controladores humanos con pistolas, acompañados de dos hork-bajir.

Nos sorprendieron a Jake, Rachel y a mí, pero no vieron a Marco, que se ocultó detrás de uno de los hork-bajir, le dio una palmada en el hombro y, cuando aquel se volvió, le atizó un puñetazo con tanta fuerza que abriría en dos un poste de teléfonos.

¡BUUMM!, el hork-bajir se desplomó.

—¡Ahhhh! —exclamó uno de los controladores humanos.

Y de golpe nos convertimos en los perseguidores.

Aleteé con energía y aterricé sobre una de las cuchillas con forma de cuerno que le habían brotado a Rachel en la frente.

<¿Qué haces?>, me preguntó Rachel.

<Autostop —contesté al tiempo que mis garras se aferraban al cuerno con fuerza—. Esta vez no pienso quedarme al margen>

<Muy bien, vamos allá>

<Yu-huu!>, grité con un entusiasmo fingido.

Iniciamos la carrera a través del bosque. El cuerpo de hork-bajir de Rachel se deslizaba con sorprendente agilidad y a más velocidad de la que jamás hubiera imaginado.

Yo me agarraba con todas mis fuerzas. Estaba tenso y asustado pero listo pelear. Esta vez no me mantendría a salvo mientras los demás corrían todo tipo de peligros. Al menos podía participar.

<¡Eh, chicos! —gritó Cassie desde lo alto—. No sigáis por persiguiendo a esos controladores. ¡Es una trampa! ¡Os están conduciendo hacia dos tropas enemigas!>

<Oh, oh. Hora de cambiar de rumbo>, dije.

<Sí>

Se giró y echó a correr en otra dirección. Parecía un enorme tanque y yo su ornamento.

De repente...

<¡Aaahhh!>, exclamó Rachel. Tropezó y rodamos por el suelo hasta frenar contra

unas ramas de enebro.

<Perdona, vaya tropiezo más tonto. ¿Estás bien, Tobías?>

<Sí, creo que sí>

Aquellas ramas me destrozaban las plumas cada vez que realizaba un movimiento para liberarme.

Entonces... ¡un sablazo!, ¡dos!, ¡tres! Y las ramas desaparecieron.

<¡Muy bien! Vaya, creo que empiezan a gustarme estas cuchillas —observó Rachel—. ¡Son fantásticas!>

Batí las alas y me di impulso con el fin de regresar a mi puesto sobre los cuernos de Rachel, pero, cuando me quise dar cuenta, me encontraba volando en espacio abierto. Vaya, debía de haberme impulsado con demasiada fuerza.

¡Un momento! Aquello era imposible, ¡me encontraba sobrevolando los árboles!

¿Cómo demonios había llegado hasta allí? Apenas había agitado las alas, tan sólo me había impulsado un poco y me encontraba allá arriba volando en pleno cielo. Pero ¿qué demon...?

Me giré para tratar de situarme. El sol se estaba poniendo y aunque no había luz suficiente para utilizar mi potente visión, todavía distinguía un lago. Un búho sobrevolaba las copas de los árboles. Era Cassie, aunque se hallaba demasiado lejos, tal vez a medio kilómetro.

<¡Esto es imposible!>, exclamé sin entender nada.

Entonces oí un disparo. Sonó cerca, de hecho justo por debajo de mí.

¡BAM! ¡BAM!

—¡Alto! ¡Alto! ¡Te estoy apuntando al corazón! —gritó una voz humana.

Por debajo de mí se extendía un claro que conocía de sobra. Era el territorio de un halcón. El prado en sí no estaba mal, pero yo profería el mío.

No era el momento de pensar en ratones. Era otra cosa lo que yo buscaba. Allá abajo distinguí a tres humanos, armados hasta los dientes, rodeando a un hork-bajir.

¿Sería Rachel?

No, era imposible. Ella estaba... donde yo debía estar. ¿Y si fuera Jara Hamee? ¿Qué estaba sucediendo?

Observé, por los aspavientos que hacía, que uno de los controladores humanos, agachado en el suelo, se encontraba mal. ¡No, un momento! ¡Se estaba transformando!

No estuve seguro del todo hasta que vi aparecer aquellos ojos adicionales en el extremo superior de un par de antenas y la afilada cola. No cabía duda, se trataba de un andalita.

Sólo hay dos andalitas en el planeta Tierra. Uno es Ax y el otro es, en realidad, un yeerk que utiliza el cuerpo de un andalita.

Es el único controlador andalita de toda la galaxia, y el único yeerk con la

capacidad de mutar. Se trata de nuestro mayor enemigo, el líder de la invasión yeerk sobre la Tierra y asesino de Elfangor, hermano de Ax.

Es Visser Tres.

Los andalitas inspiran sentimientos encontrados. Tienen un aspecto gracioso, pero pueden ser peligrosos. En el caso de Visser Tres, no existe tal contradicción. Aunque físicamente no se diferencia de otros andalitas, únicamente parece más mayor, su persona desprende un intenso halo de maldad. Por eso cuando te encuentras cara a cara con él, la primera sensación que tienes es de miedo.

<¿Me oís, chicos? —llamé por telepatía—. ¿Jake? ¿Rachel?>

No hubo respuesta; me encontraba demasiado lejos.

El cuerpo mutante del andalita acabó de formarse.

<Bien, bien, Ket Halpak —dijo Visser Tres—. Ése es tu nombre, ¿verdad? Tu nombre original de hork-bajir. Ha sido una bonita persecución, pero ahora hay que volver a casa>

Visser Tres no se molestaba en comunicarse en privado. Supongo que cuando uno es tan poderoso no le preocupa lo más mínimo que alguien pueda estar escuchando.

Ket Halpak, así había llamado al hork-bajir. No era Jara Hamee, debía de tratarse de su *kalashi*, de su mujer.

Tres contra uno: dos humanos con rifles y Visser Tres, que contaba con la velocidad fulgurante de un andalita como mejor arma, sin mencionar todas las otras formas adquiridas en los rincones más oscuros de la galaxia. La habían acorralado.

No había forma posible de salvar al hork-bajir hembra a no ser que sacara de allí a Visser Tres, cosa que no iba a suceder. Veréis, ante un andalita, aunque éste no fuese verdadero, es imposible pasar desapercibido. Con aquellos ojos giratorios de las antenas, resultaba imposible...

A no ser que ...

A no ser que algo le distrajera. Conocía el olmo en el que el halcón de aquel lugar solía pasar la noche. Aunque con aquella luz tan débil, me resultaba imposible distinguirlo. ¿Y si no estaba?...

Batí las alas con fuerza para ganar altitud, aunque no demasiada porque no disponía de tiempo. Doce metros, quince, dieciocho.

Entonces, plegué las alas y me lancé en picado hacia el suelo.

—¡Chiiiiieerrrr! —exclamé.

—¡Chiiiiieerrrr! —volví a gritar por si el halcón no me había oído.

Descendía a una velocidad de vértigo, con las alas pegadas al cuerpo y la cola doblada, directo hacia Visser Tres. De no aparecer el halcón, me fulminarían.

¡Un momento! Algo se había movido en el olmo. ¡Sí! De pasada, logré ver las alas del halcón, que salía a defender su territorio, amenazado por un ratonero. Nunca me había sentido tan aliviado al ver a un halcón.

<¡Aquel pájaro! ¡Probablemente sea uno de ellos!>, gritó Visser Tres señalando

hacia el halcón.

Los controladores humanos se giraron y apuntaron los rifles hacia el cielo. Y Visser Tres, bendito sea toda su maldad, giró sus ojos hacia lo que él creía que representaba una amenaza.

<Soy amigo de Jara Hamee —le informé al hork-bajir—. ¡Prepárate!>

Extendí las garras, pico en posición, desplegué las alas de golpe para ajustar el ángulo y... ¡ataqué!

Me acerqué por detrás y le clavé las garras en los ojos a aquel maldito Visser Tres.

<¡AAARRRHHH!>, bramó la bestia de dolor.

<¡CORRE!>, le ordené al hork-bajir.

¡BAM!¡BAM!¡BAM!, nos dispararon.

Salimos de allí como alma que lleva el diablo. El hork-bajir avanzaba a toda velocidad, y yo volaba como si en ello me fuera la vida que, de hecho, era el caso.

El halcón dio un giro tan brusco que pensé que lo habían alcanzado pero, al igual que nosotros, huía de allí a mil por hora.

<¡Escoria andalita!>, maldijo Visser Tres.

Pero, para entonces, yo ya me encontraba a salvo sobrevolando los árboles seguido del hork-bajir que, desde abajo, no me perdía de vista. ¡Qué pasada! Estaba tan emocionado que no podía parar de gritar.

<¡Sí, señor! ¡El chico pájaro dispara y acierta! ¡Yuuuu-huuu!>



## 13

Guié a Ket Halpak hasta la cueva para que se reuniera con Jara Hamee.

Aunque todos estábamos agotados, asustados y aturridos, todavía sentíamos esa especie de vértigo que le entra a uno después de burlar a la muerte.

Marco y Cassie estaban inquietos porque iban a llegar tarde a casa. Y, para colmo, estaba a punto de cumplirse el límite de las dos horas. Sin embargo, a pesar de todo, era una maravilla ver a los dos hork-bajir juntos.

No se abrazaron. Con el cuerpo cubierto de cuchillas supongo que es un poco difícil. Pero Ket Halpak acarició la cicatriz que Jara Hamee tenía en la cabeza.

<Escuchad, tenemos que irnos —dijo Rachel, todavía con forma de hork-bajir—. Me castigarán todo el fin de semana si no regreso a casa en seguida. Y me da la sensación de que éste va a ser un fin de semana ajetreado, así que mejor no me la juego>

<Tu madre no castigaría a la mejor estudiante según la fundación Packard, ¿no te parece?>, pregunté.

Se produjo un silencio incómodo porque se suponía que yo no sabía nada del tema.

<Bueno, no hay para tanto>, contestó Rachel con la mirada puesta en el suelo.

<¿Qué hacemos con este par?>, preguntó Jake. Por todo su sinuoso cuerpo de tigre se observaban arañazos y cortes. Mientras yo rescataba a Ket Halpak, mis amigos habían tenido una pequeña escaramuza con un grupo de controladores.

Nadie había sido herido de gravedad pero, para variar, yo no les había ayudado.

<Marchaos a casa —les dije—, yo me encargo de vigilar a estos dos>

<No puedes estar vigilándoles toda la noche>, objetó Rachel.

<Oye, no tengo nada que hacer. Buscaré una rama cómoda en el árbol de la entrada de la cueva y pasaré allí la noche. En serio, no me cuesta nada>

<Yo también me quedo a vigilar>, se ofreció Ax.

<¿Y si... salimos fuera y hablamos de esto con tranquilidad? —propuso Jake. Después, se dirigió a los hork-bajir—: Jara y Ket, debéis permanecer en la cueva hasta que volvamos mañana>

—¿Qué vais a hacer con Ket Halpak y Jara Hamee? —preguntó Jara.

<Todavía no lo sabemos>, respondió Jake con total sinceridad.

—Esperaremos aquí.

—Nosotros *fellana*..., os damos las gracias —añadió Ket.

Salimos al exterior. Había oscurecido por completo, pero todavía no había estrellas. No tardarían mucho en comenzar a brillar. Mientras Ax y yo vigilábamos, los demás volvieron a su estado natural.

—Muy bien, ¿qué vamos a hacer con ellos? —preguntó Jake, una vez que todos,

excepto yo, hubieron recuperado sus formas humanas.

Los seguí durante un rato. Para mantenerme a su paso, iba revoloteando de rama en rama. Les daba un poco de ventaja, después echaba a volar y me detenía unos metros más adelante hasta que me alcanzaban.

—Tenemos dos extraterrestres de carne y hueso —declaró Rachel—. Podríamos llevarlos a los medios de comunicación. ¿Cómo van a negar la existencia de una conspiración yeerk al ver a esos dos?

<Te olvidas de que ya tenéis uno —observó Ax—. Yo. He aprendido mucho sobre la sociedad humana, y sé a ciencia cierta que los humanos se inventan muchas cosas. He visto fotografías de extraterrestres en los periódicos humanos. ¿La gente se lo cree?>

—Ésos no son periódicos de verdad —aclaró Marco—. Nadie con dos dedos de frente se tragaría esa basura sensacionalista.

—¿Y cómo adivinar qué periódicos y qué cadenas de televisión están controladas por los yeerks? —inquirió Cassie—. A ver si va a resultar que después de tanto esfuerzo se los vamos a entregar en bandeja a los malos.

—Genial, y entonces, ¿qué hacemos con Romeo y Julieta? —preguntó Marco, irónico—. ¿Les alquilamos un piso? ¿Les compramos una casa? ¿Y si les consiguiéramos un trabajo? El problema es que algo sí que llaman la atención. Imaginaos que les da por ir de compras al centro comercial, me parece que más de uno se giraría al verlos pasar.

Nos echamos a reír, pero enseguida recuperamos la compostura. Nos habíamos metido en un buen lío, y lo peor era que no sabíamos qué hacer.

<Tal vez esos dos sean lo únicos hork-bajir libres que existen —recordó Ax—. Los únicos hork-bajir libres de toda la galaxia>

—Es como si pertenecieran a una especie en peligro de extinción —reflexionó Cassie—. Los últimos hork-bajir libres, tal vez la última esperanza para su especie.

—Oh, no —protestó Marco—. Cassie, no empieces con el rollo de la ecología otra vez. A ver si te vas a creer que te has topado con un par de búhos moteados o con unos rorcuales.

<Yo me quedo aquí —anunció Ax—. Estamos casi a las afueras del bosque>

Todos se detuvieron. A pesar de estar impacientes por llegar a casa, donde les esperaba una buena regañina nadie se marchó.

—Puede que Cassie tenga razón —observó Jake—. Nuestros amigos son una especie en extinción ¿Qué se hace normalmente en estos casos?

—Se les proporciona un entorno seguro y protegido —contestó Cassie encogiéndose de hombros—. Y se espera a que tengan pequeños hork-bajir para prolongar la especie.

—Um, no sé si os habéis dado cuenta pero... estamos en la Tierra —intervino

Marco—. No existe un sitio seguro para un extraterrestre que parece el resultado de un cruce entre una gárgola y una cortadora de césped.

<Sí que existe>, repliqué.

Cuatro cabezas humanas y cuatro ojos de andalita me observaron con atención.

—¿Dónde? —preguntó Rachel.

<Conozco un sitio en lo alto de las montañas. Un valle escondido donde hay cuevas y riachuelos>

En mi mente apareció una imagen nítida del lugar. Lo veía a la perfección: una cascada preciosa rodeada por cientos de árboles que en algunas zonas tapaban por completo el cielo, un prado amplio con miles de flores silvestres. Era el hogar perfecto para los hork-bajir.

<Los podríamos llevar allí>, sugerí.

—No tenemos más alternativa, supongo —replicó Jake encogiéndose de hombros.

—Bien, y ahora mejor será que me invente una buena excusa que contarle a mi padre cuando llegue a casa —añadió Marco—. Ya nos preocuparemos mañana de llevar a Adán y a Eva al Jardín del Edén de Tobías.

«Una buena descripción», pensé. Eso justamente era mi valle. Guardaba una imagen mental muy clara de él, como me ocurría con otros sitios en los que había estado.

Sólo que, en este caso, nunca había estado allí, no lo había visto jamás. Y lo peor de todo es que no sabía de donde había sacado esas imágenes.

Por norma, paso las noches en una de las ramas altas de un viejo roble del bosque. Me gusta su corteza áspera porque puedo clavar en ella mis garras y abandonarme al sueño. Además, la rama de la que os hablo está escondida en el interior del árbol y me mantiene oculto de los depredadores nocturnos. Animales como los mapaches, los zorros y los lobos salen de caza por la noche. No me quitan el sueño, la verdad, especialmente los zorros y los lobos, porque eso de subir árboles no se les da demasiado bien.

Con los mapaches es diferente porque ellos sí que escalan árboles y pueden resultar muy desagradables y peligrosos. Pero es raro el que consigue hacerlo sin que mi oído lo capte. Los peores y que más me preocupan son los búhos. Por lo general, no cazan pájaros tan grandes y fuertes como yo porque prefieren a los ratones. Pero, de cualquier modo, me infunden mucho respeto porque tienen cualidades de las que yo carezco.

Estoy acostumbrado a jugar con ventaja sobre las otras criaturas. Durante el día oigo mejor que la mayoría y veo mejor que nadie. Mi visión supera con mucho a la de los humanos. Si yo estuviera en la portería de un campo de fútbol y tú en la otra con un libro abierto, sería capaz de leerlo. Si caminaras por la acera opuesta de la calle, podría divisar una pulga deslizándose por tu pelo. Pero sólo, claro está, a plena luz del día. Por la noche veo más o menos como los humanos, algo mejor tal vez, aunque no mucho más.

Ésa es la razón por la que los búhos me dan miedo. Ven tan bien en la oscuridad como yo durante el día. Para un búho resulto tan visible como si una luz de neón roja recorriera el contorno de mi cuerpo. Y lo peor es que, cuando van a por la presa, se deslizan por el aire en absoluto silencio. No se oye nada. Aquello me ponía muy nervioso, pero qué iba a hacer. Supongo que todos tenemos nuestras limitaciones, ¿no?

Por las noches nunca duermo tranquilo. Debo mantenerme alerta por si oigo a los mapaches rondar cerca de mi árbol y, si abro los ojos, veo cómo los búhos matan a sus presas. En esos momentos, desearía vivir en una casa. Si me preguntaseis «¿te gusta ser un ratonero?», os daría dos respuestas, dependiendo del momento del día. Si el sol está en lo alto, las corrientes térmicas arremolinan las nubes y yo remonto los cielos llevado por la brisa, a miles de kilómetros por encima de los humanos... entonces os diría que es fantástico.

En cambio, por la noche, cuando me encojo de miedo en mi rama y escudriño la oscuridad, casi ciego, a través de las hojas, ante una luna fría, y lo único que oigo son los ruidos de los depredadores buscando algo que llevarse a la boca... entonces, la cosa cambia.

Aquella noche en particular era muy diferente a las demás por varios motivos. No me encontraba en mi árbol, sino en un pino desaliñado que había cerca de la cueva. Mi misión consistía en vigilar a los hork-bajir y avisar de cualquier amenaza imprevista. Me encontraba fuera de mi territorio, en un árbol desconocido. Eran razones más que suficientes para sentirme intranquilo.

Traté de conciliar de nuevo el sueño, intenté recordar la sensación de dormir en una cama, pero apenas me acordaba. Sólo podía imaginar a mis amigos tapados hasta las orejas, con la cabeza sepultada en la almohada y sus luminosos despertadores en la mesita.

Oí un ruido y abrí los ojos. Me asomé a través de las hojas y divisé la sombra de un ciervo deformado al que la luz de la luna daba un tono pálido fantasmal.

<Hola, Ax-man>, saludé.

<Hola, Tobías. ¿Me has oído? No quería despertarte>

<Para ser un enorme extraterrestre de cuatro patas, dos manos, cuatro ojos y cola de escorpión, no lo has hecho nada mal>

<Una de estas noches te vas a enterar>, se rió Ax.

<Sí, claro, cuando las ranas críen pelo>

<¿Eso es posible?>, preguntó Ax alarmado.

<No, ésa es la gracia>, le expliqué.

<Ah, ya lo entiendo>, dijo sin entender una palabra.

Desde que Ax se unió al grupo, las noches en el bosque han mejorado. No es comparable a dormir tapado en una cama pero, al menos, tienes a alguien con quien hablar. El resto de los animales no tienen mucho que decir, la verdad.

<Los hork-bajir están muy callados —le comenté a Ax—. Hace un rato estaban hablando, en su idioma sobre todo, pero, a veces, utilizaban palabras del nuestro. ¿Cómo es eso?>

<Los hork-bajir no son lo que se dice una especie muy desarrollada intelectualmente —explicó Ax en tono de superioridad—. Su idioma era ya de por sí primitivo. Sólo contaba con quinientas palabras. Al menos eso es lo que nos enseñaron en el colegio y supongo que es verdad. Cuando llegaron a la Tierra, imagino que los yeerks pensaron que sería conveniente que aprendieran algunas palabras de un idioma humano>

<No era mi intención escuchar lo que decían —admití—, pero no lo pude evitar. Repetían constantemente una palabra. Algo así como *kawatnoj*>

<No la conozco —confesó Ax—. No hablo su idioma. Mañana les preguntaré qué quiere decir>

<Quizá no sea una buena idea. Creo que no sienten demasiado aprecio por los andalitas>

<Intentamos salvarlos de los yeerks —se defendió Ax furioso— y vale, no lo

conseguimos pero, al menos, lo intentamos. ¿Por qué nos iban a guardar rencor?>

<No lo sé, Ax-man. Quizá, de llevar tanto tiempo un yeerk en la cabeza, se les ha contagiado el odio yeerk hacia los andalitas>

<Comprendo que los yeerks nos odien. ¡Los andalitas venceremos! Con ayuda de los humanos, por supuesto>

Me reí en silencio. Me gusta Ax, pero está convencido de que su especie es superior al resto.

<Voy a echar otro vistazo a la zona —informó Ax—, aunque no he oído nada fuera de lo normal. ¿De veras crees que podemos llevar a los hork-bajir a ese valle del que hablabas antes?>

No contesté a su pregunta, sin embargo la mención del valle me recordó algo.

<Ax, ¿te ha pasado alguna vez que, de repente, te llega información al cerebro que no sabes de dónde la has sacado?>

<Pues no. A veces se me olvida algo, pero me acuerdo más tarde>

<No, me refiero a cosas que es imposible saber. Es como... > me quedé petrificado.

¡Taxxonitas! Docenas de ellos avanzaban por el bosque. Sí, los veía en mi mente. Enormes ciempiés, anchos como secuoyas, se deslizaban propulsados por docenas de hileras de patas afiladas semejantes a clavos de acero. Caminaban con una tercera parte de su cuerpo erguida, por lo que las frágiles patas superiores, dispuestas en filas, no tocaban el suelo.

¡Los veía en mi mente! Veía sus bocas circulares llenas de diente-cillos, y aquellos globos oculares suyos tan característicos, que parecían estar hechos de gelatina.

<¿Qué ocurre, Tobías?>, preguntó Ax preocupado.

<Taxxonitas —contesté—. ¡Vienen hacia aquí!>

<¿Dónde?>, preguntó Ax, alarmado con la cola en posición de ataque.

<Yo..., vienen hacia aquí. Yo... > miré a mi alrededor. No observé nada extraño, y menos aún taxxonitas. Sin embargo, estaba completamente seguro de que venían hacia nosotros.

<Ax, ¿recuerdas que te estaba hablando de saber cosas que es imposible saber? Pues acaba de ocurrirme otra vez. Ahora mismo hay una docena de taxxonitas acercándose. Siguen el rastro de los hork-bajir como los sabuesos, pueden olerlos>

<Los taxxonitas rastreadores —explicó Ax mirándome fijamente con sus cuatro ojos y una expresión severa— pueden percibir el olor a carne fresca a kilómetros de distancia si cuentan con una muestra. Constituyen una raza especial de taxxonitas. ¿Cómo lo sabías? ¿Cómo es posible que supieras que los taxxonitas rastreadores se guían por el olfato para cazar?>

<No lo sé, Ax. Pero lo averiguaré —declaré furioso—. Alguien o algo me está utilizando, y no me hace ninguna gracia>

<Si los yeerks —continuó Ax, ignorando mi explosión de cólera— han enviado a los taxxonitas, detrás vendrá un ejército de hork-bajir o humanos. Los taxxonitas, por muchos que sean, jamás podrían con un par de hork-bajir. Jara Hamee y Ket Halpak podrían estar exterminando taxxonitas todo el día sin cansarse>

<¿Es posible despistarlos?>, pregunté.

<No. Una vez que han asimilado el olor de los hork-bajir, nada les hará perder la pista>

<Entonces habría que sacar de aquí a los hork-bajir. Los taxxonitas no son tan rápidos, pero hay que largarse ya. Yo espabilaré a los hork-bajir, tú avisa a Jake cuanto antes. Dile lo que está ocurriendo>

<De acuerdo, Tobías, pero ¿cómo te encontraremos si estás escondido?>

<Transformaos en aves rapaces. Sus ojos pueden verlo todo. Yo me dirigiré hacia las montañas>

En efecto, iría hacia las montañas con un par de hork-bajir, mientras alguien o algo me manipulaba como a una marioneta. Pero eso se iba a terminar. Yo era el depredador, el cazador y no estaba dispuesto a permitir que nadie me utilizara de aquella manera.

<Jara Hamee, nos tenemos que ir. Ahora>, les comuniqué a los hork-bajir en cuanto Ax se perdió en la oscuridad de la noche.

Entre los arbustos apareció una cabeza de serpiente acorazada de cuchillas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jara Hamee.

<Los taxxonitas os siguen la pista>

Os juro que palideció. Sus ojos se dilataron por el miedo.

—Taxxonita —pronunció aquella palabra con tanta rabia que pensé que iba a escupir.

No obstante, enseguida reaccionó. Entró en la cueva y al instante salió con Ket. Me resultaba imposible distinguirlos, por lo menos de noche.

—Oscuro —comentó Ket, mirando a su alrededor.

<Sí, ya lo sé, pero me temo que eso os detendrá a los taxxonitas. Así que será mejor que nos vayamos cuanto antes>

No tenía ni idea de cómo íbamos a avanzar casi a oscuras por aquel bosque. Ni yo ni los hork-bajir veíamos demasiado por la noche. Ellos no podían volar y yo no podía colarme por entre los arbustos de espino sin que mis alas se quedaran enganchadas. La oscuridad era total y absoluta, no había luces de casas, coches o farolas en kilómetros a la redonda. La noche era tan cerrada que no se distinguía un árbol hasta que lo tenías encima. Avanzábamos a ciegas.

Me acomodé sobre los cuernos de Jara Hamee, tal y como había hecho con Rachel, sólo que esta vez caminábamos más despacio y procurábamos no dejar demasiadas huellas.

—¿Dónde? —preguntó Jara Hamee—. ¿Dónde vamos?

<No lo tengo muy claro —murmuré—. Supongo que la vocecilla de mi cabeza me lo dirá>

El hork-bajir gruñó como si aquello tuviera mucha lógica.

—La voz de mi cabeza me dice que corramos.

<¿Cuándo? ¿Qué voz?>

Como no podía ver su cara, tampoco capté su expresión. Aunque no creo que el hecho de verla significara que iba a entenderla.

—Ket Halpak y Jara Hamee en estanque yeerk. Yeerk agotado. Yeerk estanque. La voz de mi cabeza dice: «¡Corre! ¡Huye!».

Exhalé un suspiro y apunto estuve de golpearme de frente con una rama. Hablar con un hork-bajir resultaba un tanto frustrante.

<¿Me estás diciendo que la idea de salir corriendo del estanque yeerk surgió de repente en tu cabeza?>, pregunté.

—La cabeza dijo: «Corre, Jara Hamee, toma a Ket Halpak y escapa. Huye de los



yeerks». Yo pregunté como podían Jara Hamee y Ket Halpak huir. La cabeza me contestó: «enviaré un guía».

<¿Qué?>

—La cabeza dijo: «Corre Jara Hamee...»

<No, lo último que has dicho, no sé qué de un guía>

—La voz dijo: «enviaré un guía».

<¿Quién? ¿Yo?>

El hork-bajir no contestó. Empezaba a darme cuenta de que los hork-bajir son incapaces de comprender muchas cosas. El lenguaje les resulta antinatural. No podía decirse que fuesen los genios del universo, desde luego, pero tampoco importaba demasiado.

Todo aquel asunto me iba carcomiendo por dentro. Habían jugado conmigo, me habían llevado de un sitio a otro, habían implantado en mi mente imágenes e ideas ajenas. Me estaban utilizando y ya estaba harto.

<Muy bien, se acabó. Parad>, ordené a los hork-bajir.

Los dos monstruos se detuvieron y permanecieron inmóviles en la oscuridad de los árboles, esperando.

—¿No seguimos?

<No>

—Los taxxonitas se acercan.

<Sí —añadí—, lo sé>

—¿Nos vamos?

<No hasta que no me deis una respuesta —repliqué desafiante—. Este pequeño desfile termina aquí a menos que...>

Cuando pronuncié la palabra «respuesta», ya no me encontraba en el bosque. No estaba en ningún sitio, por lo menos no en un sitio que yo pudiera entender.

Sentía que flotaba en el aire, el único problema era que no había aire. No volaba, solo flotaba.

Había luz, una preciosa luz de un tono verde azulado. Era muy extraño porque no parecía provenir de ningún sitio en particular, sino de todas partes al mismo tiempo.

De lo único que estaba seguro era de que ya no me encontraba en el bosque.

HOLA TOBÍAS. NOS VOLVEMOS A ENCONTRAR.

La voz era poderosa, pero suave. Llenaba mi cerebro y parecía resonar por todo mi cuerpo. Mis plumas temblaron y sentí un hormigueo en mis dedos.

¿Dedos?

Fue entonces cuando noté que algo había cambiado. Observé mi cuerpo y, de alguna forma que no logro explicar, tuve la sensación de que podía ver a través de él. Era como si pudiera verlo todo desde cualquier ángulo al mismo tiempo, como si me estuviera contemplando a través de millones de ojos diferentes.

Ya no era un ratonero, aunque tampoco era humano. Al menos no el humano que era antes de convertirme en ave rapaz. Mis brazos eran alas, mis piernas terminaban en garras y tenía pico que al mismo tiempo era una boca.

Sé que suena fatal y que es imposible de imaginar, pero era las dos cosas a la vez: humano y pájaro, y un tercer ser que era la combinación de los dos anteriores.

Habíamos presenciado muchas cosas increíbles desde el día en que nos topamos con aquel príncipe moribundo en el solar abandonado. He visto a los yeerks y a todos sus esclavos, taxxonitas, gedds, y hork-bajir. He conocido a los andalitas y a los chee, androides con forma humana. He viajado en el tiempo y en naves espaciales, y he visitado el estanque de los yeerks.

Y sólo hay una especie capaz de provocar aquello, capaz de emitir aquella voz imponente que inunda tu cabeza.

—El Ellimista —concluí con voz propia.

En ese instante, y de la vaga niebla turquesa que me rodeaba, lo vi flotar hacia mí. Era un ave rapaz, un depredador, con una forma imposible de definir, una mezcla de halcón, águila y ratonero. Tenía un vientre blanco como la nieve, el lomo marrón rojizo y la cola mostraba una gama de colores oscuros.

El pájaro se acercó hacia donde yo me encontraba, se detuvo y permaneció flotando en el aire.

SÍ, TOBÍAS. EL ELLIMISTA O AL MENOS UN ELLIMISTA.

Se echó a reír y todo el universo turquesa rió con él.

—Así que tú eres el que maneja los hilos —dije—. Lo debería haber imaginado. La última vez que te vi tenías otro aspecto.

Sonrió. No me preguntéis cómo se puede reír alguien que tiene pico, el caso es que lo hizo.

ELIJO UNA FORMA CON LA QUE TE PUEDAS IDENTIFICAR.

—Tonterías. Sabes que soy humano.

¿AH, SÍ? PUES A MÍ NO ME LO PARECES.

Sentí náuseas. Observé mi cuerpo, mitad pájaro, mitad humano.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me obligas a hacer cosas que no quiero?

¿QUÉ ES LO QUE YO TE HE OBLIGADO A HACER, TOBÍAS?

—Me has trasladado a sitios a los que yo no tenía intención de ir. Me has metido en este lío con los dos hork-bajir.

El Ellimista pasó de pájaro a humano, pero un humano un tanto especial porque conservaba las alas. En aquel momento se parecía a mí, y cuando habló, lo hizo con voz humana.

—Una vez os concedí una segunda oportunidad. Contemplé el futuro y encontré una forma de ayudaros, sin utilizar mi poder de forma directa. Ahora, estáis en posición de ayudar a los hork-bajir. ¿Acaso no se merecen la misma oportunidad que

os di a los humanos?

—¿Intentas salvar a la raza hork-bajir de los yeerks? —pregunté.

—Nosotros no interferimos —replicó el Ellimista moviendo la cabeza de un lado a otro al tiempo que sonreía—. Nosotros no utilizamos nuestro poder para favorecer a una especie en contra de otra.

—Bobadas —le espeté.

—No pienso obligarte a nada, Tobías —continuó el Ellimista ignorando mi comentario con una leve sonrisa—. No te garantizo que salgas bien de ésta. Tienes todos los números para fracasar y morir en el intento, tú y los dos hork-bajir, y entonces todos los esfuerzos habrán sido inútiles.

—Gracias por darme ánimos —dije—. ¿Por qué yo? ¿Por qué me tiene que tocar a mí? ¿Te crees que soy un héroe o algo así?

—Tobías —declaró el Ellimista muy serio—, eres un principio, un punto en el que una línea de tiempo puede dar un giro.

Supongo que debería haberme sentido halagado, pero en aquel momento no estaba para cumplidos.

—¿Quieres mi ayuda? —pregunté al Ellimista—. De acuerdo, pero a cambio de la tuya. Según Ax, tu poder es inmenso. Si quieres, puedes hacer desaparecer galaxias enteras. No entiendo por qué no haces que ocurran las cosas según tu voluntad, pero en fin, allá tú —lo miré fijamente a aquellos ojos que eran como la imagen perturbadora de mí mismo en un espejo—. ¿Me pides que guíe a los hork-bajir a ese sitio que me has colado en el cerebro? De acuerdo, pero quiero algo a cambio.

—¿El qué, Tobías?

—Lo sabes muy bien —añadí haciendo un gran esfuerzo por articular—. Muy bien.

—Sí, pero ¿estás seguro de lo que quieres? —me preguntó el Ellimista—. Y si lo consigues, ¿no te arrepentirás?

De repente, y sin notar el más mínimo movimiento, me encontré de nuevo en la oscuridad del bosque.

Os aseguro que aquella fue una noche muy larga. Incluso los hork-bajir estaban agotados al despuntar el alba.

Durante todo el recorrido había temido que nos tropezáramos de frente con un puñado de taxxonitas, escoltados por un ejército de hork-bajir armados, o con Visser Tres en una de sus horripilantes formas. Cada sombra era motivo de alarma.

Pero, además, en mi caso, a esos posibles enemigos debía añadir un buen número de pájaros y mamíferos hambrientos a los que imaginaba relamiéndose al percatarse de mi sabrosa presencia. Claro que a caballo de aquel hork-bajir nadie se atrevería a acercarse porque no sabrían cómo enfrentarse a aquella extraña criatura sobre la que yo me había posado. Hubo un momento en el que una pareja de lobos, probablemente en busca de la manada, se detuvo a unos cuantos metros de nosotros y nos observó con detenimiento.

Los lobos son inteligentes. No reconocieron a aquellas criaturas, pero tenían muy claro que no querían tener nada que ver con ellas.

Los ciervos huían a nuestro paso. Los búhos nos descartaban. Era evidente que no éramos ratones, los únicos animales que despiertan interés en los búhos. Los zorros se escabullían y los mapaches se quedaban petrificados. Sólo las criaturas más valientes del bosque nos ignoraban y hacían la vida normal. En una ocasión tuve que impedir que Ket Halpak pisara una de ellas.

<¡Detente! ¡Parad! ¡Que nadie se mueva!>, grité al ver unas rayas muy características en el lomo de una de esas valientes criaturas.

—¿Yeerks? —preguntó Jara Hamee.

—¿Taxxonitas? —preguntó Ket Halpak alarmada.

<No. Peor. Una mofeta. Dejad que siga su camino. Que nadie mueva un solo músculo hasta que haya desaparecido>

—¡Ja! ¡Animal pequeño! ¡No mata a Jara Hamee!

<No, no te matará, pero te hará desear la muerte>

No estaba seguro del trecho que habíamos recorrido cuando paramos por primera vez a descansar. Desde el suelo me resultaba difícil calcular las distancias. Todo cuanto sabía era que el cielo había adquirido un tono más claro. Los hork-bajir estaban exhaustos y tropezaban cada dos por tres. En cuanto a mí, estaba muerto de hambre.

<¿No tenéis hambre?>, les pregunté.

—Comemos —convino Jara Hamee. Y sin más dilación, se acercó a un árbol, una especie de pino, se retiró hacia atrás y lo embistió ayudándose de la cuchilla del codo.

¡CCCRRAAACCC!, la corteza cedió y provocó un corte en el tronco de unos noventa centímetros. A continuación, con la cuchilla de la muñeca empezó a

despedazar la corteza en trozos de distintos tamaños, los había desde pocos centímetros hasta casi medio metros de largos. Acto seguido, le pasó algunos de los trozos a su compañera y los otros se los zampó él mismo.

<¿Así que esto es lo que coméis?>

—Sí.

<¿Es así como coméis en vuestro planeta?>

—Cuando Jara Hamee pequeño —explicó con una expresión nostálgica sin dejar de masticar la corteza—, Jara Hamee come del *Kanver*. Come del *Lewhak*. Come del alto *Fit Fit*.

<¿Qué son? ¿Árboles? ¿Árboles como estos?>

—Mejor —contestó Ket Halpak.

—Mejor —convino Jara Hamee—. Árboles de la Tierra buenos —añadió. Creo que pensó que su comentario me había ofendido.

—Árboles de la Tierra buenos —convino también Ket Halpak.

Sonreí por dentro. Había veces en que mi vida era tan extraña que lo único que podía hacer era reírme. A aquel par de criaturas venidas de un lejano planeta le preocupaba la posibilidad de haber herido mis sentimientos al reconocer que no les gustaba la corteza de los pinos terrestres.

De repente, lo vi todo claro.

<Jara, Ket, las cuchillas de vuestros cuerpos son para arrancar la corteza de los árboles, ¿verdad?>

Ket Halpak se puso en pie. Yo estaba posado sobre un tronco podrido y, al levantarse, me vino a la cabeza la imagen de un rascacielos.

—Para un corte recto —explicó señalando la cuchilla del codo—. Para separar —continuó mientras señalaba la cuchilla de la muñeca—. Para cortar hacia abajo —dijo apuntando a la rodilla.

<Es decir, para la parte inferior de los árboles —confirmé—. Cada cuchilla tiene una función especial y todas tienen que ver con la corteza de los árboles>

—Sí —respondió Ket al tiempo que se sentaba y devoraba otro pedazo de corteza.

<¿No son armas? ¿No las utilizáis para defenderos de vuestros enemigos o para matar presas?>

—Hork-bajir no tienen enemigos —replicó Jara Hamee mirándome fijamente a los ojos—. No tienen presas. Hork-bajir no matan. Yeerks matan. Yeerks matan andalitas. Andalitas matan yeerks. Hork-bajir mueren.

<Os encontráis en medio de esta guerra estúpida sin saber cómo. Y precisamente han sido las cuchillas el motivo fundamental por el que los yeerks esclavizaron a vuestra raza. Cuando el demonio yeerk se coló en vuestras cabezas, vuestra especie se volvió agresiva. Os han convertido en soldados asesinos. Y todo porque vuestro

cuerpo está adaptado a comer corteza de árbol>

Los hork-bajir no tenían nada más que añadir y siguieron comiendo.

<Escucha, yo también tengo que comer. Os voy a dejar solos un momento>

—Nuestra comida es tuya —declaró Ket ofreciéndome un pedazo de corteza.

<Gracias, pero yo como otra cosa>

No les dije lo que comía ni como lo conseguía.

Qué extraño. Entre humanos no me sentía culpable por ser un depredador. Al fin y al cabo, el bueno del Homo Sapiens es el mayor depredador de todos.

Sin embargo, aquellos monstruos no eran depredadores, y, a pesar de su apariencia amenazadora, no resultaban más peligrosos que un ciervo con su enorme cornamenta. Tan sólo eran víctimas de la situación. Por su aspecto temible se habían visto atrapados en la guerra que los yeerks mantenían con el resto de las especies libres de la galaxia.

Recordé las batallas anteriores contra los hork-bajir. Más de una vez habían estado a punto de matarme. Había sentido verdadero odio y miedo hacia ellos, y ahora me daban lástima.

Y me entristecía aún más pensar que mis amigos y yo seguiríamos enfrentándonos a ellos en el futuro.

<Volveré en media hora más o menos —prometí al levantar el vuelo—. No os preocupéis, no pienso abandonaros>

Al elevarme por encima de los árboles, vi el sol asomándose en el horizonte por el este. Las copas de los árboles se cubrían de pinceladas doradas. Era una visión maravillosa. Hojas doradas y, por debajo, sombras oscuras, nubes rojizas a un lado, y al otro todavía la oscuridad de la noche.

Fue genial volver a las alturas y sentir el viento entre las alas y la fresca brisa acariciándome la cara. Había pasado la noche agarrado a los cuernos del hork-bajir y avanzando a duras penas a través de la maleza del bosque. Aquel no era lugar para un pájaro, ni siquiera para un humano con forma de pájaro.

El aire estaba casi inmóvil. No había corrientes ascendentes, así que tuve que batir las alas con fuerza, lo cual me vino fenomenal para desentumeces los músculos adormecidos.

Cuando recuperase mi forma humana, iba a echar de menos aquello. Por eso no dejaba de preguntarme si el Ellimista, en caso devolverme mi forma humana, me permitiría conservar la capacidad de la metamorfosis. Sería terrible no poder volar jamás.

Debajo divisé un pequeño claro de hierba crecida, troncos caídos y madrigueras de ratas, topos y otros suculentos bocados.

Debía ir con cuidado porque seguro que aquel territorio pertenecía a alguien. Probablemente a otro ratonero, o incluso peor, a alguna criatura de otra especie. Había que entrar y salir muy rápido. Entrar, matar y huir. Inspeccioné el suelo con mi vista infalible para localizar los pequeños movimientos que delatarían a un ratón o a una rata. A veces, cuando la luz es la adecuada y el hambre acuciante, es como si mis ojos atravesaran el suelo y pudiera ver a los ratones ocultos en sus madrigueras.

Quizá por eso no me percaté del peligro, estaba demasiado pendiente de la presa.

Localicé una rata, un hermoso ejemplar regordete correteando hacia su desayuno. Me lancé en picado desde lo alto.

De repente, una ráfaga de viento me desestabilizó y me hubiera estrellado contra el suelo de no haber frenado a tiempo. La rata, como era de esperar, desapareció.

<¡Madre mía! —protesté—. ¡Qué fue de aquellos días en que para desayunar me servía un buen cuenco de cereales!>

Si todo salía como había previsto y el Ellimista cumplía su promesa, pronto recuperaría aquellos hábitos. Una cama caliente por la noche y un sencillo y delicioso desayuno por las mañanas.

Aunque mi vida de humano no había sido muy cómoda que digamos. La mía no era una familia modelo, precisamente. Mis padres me abandonaron hace mucho tiempo y me vi obligado a vivir con mis tíos, que se me pasaban de unos a otros como si fuera una pelota. Cuando me quedé atrapado en el cuerpo de pájaro y desaparecí

del mundo humano, dudo mucho de que siquiera me buscaran.

Aparté de mí esos pensamientos y me dispuse a levantar el vuelo. Batí las alas y cuando había superado la hierba...

¡BUMM!, algo me golpeó.

Fue como si me arrojaran un ladrillo. Caí al suelo sacudiendo las alas de forma frenética.

¿Qué había sido aquello? ¿Qué... qué demonios estaba ocurriendo?

Y entonces lo vi a través de la hierba. Un rostro alerta, despierto, de un pelaje leonado, cuatro patas y un cuerpo de casi un metro de largo desde el hocico hasta el final de su corto rabo curvado de forma extraña.

¡Un lince!

Aquella repentina ráfaga de viento me había dado un buen susto, pero cuando vi aparecer al enorme gato estuve a punto de desmoronarme.

El animal, sin quitarme los ojos de encima, empezó a dar vueltas a mi alrededor. Me miraba con curiosidad, como preguntándose si yo le atacaría. Aquellos ojos marrones y dorados me vigilaban de la misma forma en que yo lo haría con una rata herida.

El ratonero que había en mí quería echar a volar y escapar, pero mi parte humana sabía que sólo contaba con una posibilidad. Yo era rápido, pero el lince lo era mucho más y además poseía una enorme fuerza. Sólo me había golpeado con una de sus pezuñas y me había derribado de la forma más tonta. Un golpe tan limpio que parecía haber sido ejecutado a cámara lenta y, sin embargo, tan rápido que no había tenido tiempo de reaccionar.

¿Cómo podía haber sido tan imprudente? No comprendía por qué razón no lo había oído deslizante entre la maleza. Aquel descuido me iba a costar la vida.

Indefenso como estaba ante aquella fiera, agarré entre mis garras un palo de no más de medio metro de largo. Clavé la mirada en el lince, que ya saboreaba mi carne de ratonero. Tanto si me movía como si no, se abalanzaría sobre mí.

Sólo disponía de una oportunidad... estaba desesperado, pero si le golpeaba en los ojos antes de que él me clavara los dientes, tal vez...

Mi parte de ave insistía en echar a volar, pero mi parte humana se negaba. El animal jamás ganaría en ese enfrentamiento, mientras que el humano tenía otros recursos. Apreté con fuerza el palo.

De repente, el lince atacó y yo retrocedí al tiempo que alzaba el palo.

—¡Aaaaauuu! —aulló de dolor el lince cuando el afilado palo le dio en el ojo izquierdo.

<¡Ahora sí que podemos echar a volar!>

Batí las alas e inicié la huida chillando como un auténtico poseso.

La maldita fiera no cejó en su empeño y salió tras de mí. Un par de zancadas más



y me hubiera alcanzado. Pero, de repente, frenó en seco y se giró. Se había quedado petrificado y, casi de forma automática, se le erizó el pelo del lomo en señal de alarma.

Por detrás de lince surgió una forma del tamaño de una secuoya. Tres filas de frágiles y diminutas garras desgarraron el aire. El gigantesco ciempiés echó la cabeza hacia atrás y dos de sus ojos gelatinosos y rojizos salieron disparados hacia delante.

¡Taxxonitas!

¡Dios mío, allí estaba su boca roja y redonda! ¡Sobre el lince! El animal desapareció de un bocado. Sí, tal y como os lo cuento, el Taxxonita se lo tragó enterito antes de que (... en) aquel momento mi plumaje era lo que menos me importaba.

Encontré una corriente de aire y le di mil gracias a la madre naturaleza por haberme dotado de alas. Me elevé hasta sobrepasar las copas de los árboles y, sólo entonces, me atreví a volver la vista atrás.

Una docena de taxxonitas corrían por entre los árboles y cruzaban los claros del bosque. ¡A plena luz del día! Aquello era una barbaridad. Cualquiera podría sorprenderlos.

Por detrás de los taxxonitas avanzaba un ejército de guerreros hork-bajir acompañados por docenas de controladores humanos, todos armados hasta los dientes.

Los yeerks iban a por todas, querían capturar a los dos fugitivos hork-bajir a cualquier precio. Era una muestra más de la furia ciega que dominaba a los yeerks.

Aquello era un ejército, un ejército entero contra mí y dos hork-bajir honestos, sencillos y no muy inteligentes.

Para colmo, yo no había desayunado todavía.

Todavía me temblaba el cuerpo cuando ya casi besaba el azul del cielo. Entonces divisé un halcón peregrino.

Esas aves rapaces no suelen atacar a los ratoneros, aunque en esos momentos yo no las tenía todas conmigo. Sólo quería regresar junto a la pareja de hork-bajir y esfumarme cuanto antes.

<¿Tobías? ¿Eres tú?>

Solté un largo suspiro de alivio. Se trataba de Jake.

<No sabes lo que me alegra oír tu voz —contesté—. El bosque está lleno de taxxonitas, hork-bajir, y controladores humanos>

«Y de lince ya ni te cuento», pensé.

<Ya, ya lo hemos visto —añadió Jake—. Un poco más y acaban con la vida de dos hombres que estaban pescando en uno de los riachuelos. Por suerte, logramos asustarlos a tiempo, si no, a estas horas, descansarían en el estómago de los taxxonitas>

<¿Hemos? ¿Los otros también están por aquí? —escudriñé el cielo. Sí, allí había un águila de cabeza blanca y un águila pescadora—. Veo a Rachel y Cassie, ¿o es Marco?>, enumeré.

<El de abajo es Ax y Marco debe de estar por ahí en algún sitio. ¡Ah, mira! ¡Allí esta! ¡Encima de ti!>

Alcé la vista a tiempo para ver cómo un águila pescadora se lanzaba en picado tras rasgar un puñado de nubes.

<¡Yu-hhhuuu! ¡Tobías! —gritó Marco tan tranquilo—. ¡Ya eres mío!>

<¡No es momento de bromas! —bramé—. He estado a una pluma de convertirme en comida para perros. Tengo hambre, estoy muy cansado y he perdido el juicio>

<Tranquilízate, Tobías —añadió Jake con calma—. Ya te puedes relajar. Estamos aquí para ayudarte>

<Tobías, hemos estado pensando —era la voz de Cassie que me llegaba desde lejos—. ¿Verdad que siempre apareces en el sitio adecuado en el momento oportuno?>

<O en el sitio equivocado, según se mire>, murmuré.

<Creemos que tal vez haya alguna... algún tipo de fuerza. Alguien que está interfiriendo, que está manipulándote>

De no haber sido Cassie la que hizo el comentario, habría soltado un comentario irónico del tipo: «¿no me digas?», pero es imposible ser sarcástico con Cassie.

<Sí, está claro que alguien anda fastidiándome —añadí— y además es un viejo amigo nuestro>

<¿Quién?>

<Parece que el Ellimista intenta salvar a los hork-bajir, aunque nunca lo admitiría>

<Hmmm. Ax tenía razón al imaginar que eso era obra del Ellimista>, reconoció Cassie.

<Sí —intervino Rachel, ya lo bastante cerca para comunicarse telepáticamente—, y ya sabes la opinión de Ax sobre ese tipo, criatura o lo que sea. Ax dice que te andes con ojo porque le gusta jugar con las personas>

Me acordé de la promesa del Ellimista. Aceptó darme aquello que yo más deseaba. Reviví en mi mente la conversación mantenida con él y me resultó imposible de recordar el momento exacto en el que se había comprometido a cumplir lo pactado. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Y si al final no había existido tal promesa?

<¿Te encuentras bien?>, me preguntó Rachel. Por el tono adiviné que la pregunta iba dirigida sólo a mí. Los demás no podían oírnos.

<Sí... eso creo —contesté—. Verás, el Ellimista me dijo... me dijo que..., ya sabes, que me convertiría en humano>

Dicho así no sonaba muy convincente. Y, sin embargo, era lo que yo más deseaba en el mundo. Sí, volver a ser humano de nuevo; vivir como los demás; desayunar cereales fríos y no tener que matar para comer; caminar; ver la televisión o estar sentado sin más.

<Tobías, ¡eso es fantástico!>, exclamó Rachel.

<Sí, pero como dice Ax, al Ellimista le gusta jugar con las personas, y además todavía tenemos que salvar a los hork-bajir sin que nos maten a nosotros. Seguidme —indiqué dirigiéndome también a los demás—. Os guiaré hasta nuestros amigos>

Me giré un poco para aprovechar la brisa que corría por detrás del ala derecha. Si el viento es demasiado fuerte, el vuelo no resultaba nada fácil. A cada momento tienes que corregir la posición si no quieres que el viento se cuele y te desvíe de la trayectoria.

Tras mucho esfuerzo, conseguimos alejarnos del ejercito yeerk. Enseguida divisamos, a través de los árboles, a los dos hork-bajir. Parecían estar hablando pero, a medida que nos acercábamos, y que la imagen se hacía más clara, me percaté de que tenían las manos entrelazadas.

Me sentí avergonzado por entrometernos de aquella manera y aparecer de repente llovidos del cielo.

<Hey, vosotros dos —avisé—, me estoy acercando y traigo compañía>

Nos posamos sobre unos árboles cercanos. Debíamos tomar una decisión crucial, de vida o muerte. Mis amigos estaban a punto de superar las dos horas de plazo que tienen para permanecer transformados. Debían recuperar su estado natural.

Hasta entonces lo habíamos mantenido en secreto ante los hork-bajir. Si los

yeerks los capturan, tendrían acceso a todos y cada uno de sus recuerdos.

<Jake, ¿qué vais a hacer?>, le pregunté.

<Si permitimos que esos dos se enteren de quiénes somos en realidad, estaremos arriesgando mucho>, contestó Jake.

<No quisiera alarmar a nadie —añadió Marco—, pero no sé si os dais cuenta de que si averiguan quiénes somos, significa que no podemos dejarles caer en manos yeerks. O dicho de otra manera...>

<Sé muy bien lo que quieres decir>, interrumpí.

<Antes muerto que controlador>, concluyó Marco.

<Claro, para ti es fácil decir eso>, replicó Rachel.

<Voy a hablar con Jara y Ket. Después de todo son mis amigos>, sugerí.

<¿Los hork-bajir? —graznó Marco—. ¿Esas dos picadoras de carne, esas dos cortadoras de césped de dos metros de alto, esas cuchillas andantes son amigos tuyos?>

<Jara Hamee, necesito saber una cosa. Si los yeerks os capturasen...>

Entonces blandió uno de sus brazos armados en el aire y me interrumpió.

—No más yeerks en la cabeza —sentenció—. ¡Libre! O no más Jara Hamee ni Ket Halpak. ¡Libres!

—Libres o muertos —añadió Ket Halpak con firmeza.

<Ahora entiendo por qué te gustan, Tobías>, observó Rachel. A continuación, descendió del árbol y comenzó a transformarse.

<Bueno —convino Jake soltando un suspiro—, supongo que no queda más remedio>

En un par de minutos, todos recuperaron su forma humana.

Creo que los hork-bajir se llevaron una buena sorpresa. No sé qué forma esperaban que tuviésemos pero, desde luego, humana, no. Aquellos dos grandullones se nos quedaron mirando y cuando se dieron cuenta de lo que Jake, Cassie, Rachel, y Marco eran en realidad, estallaron en carcajadas.

—¡Keeeraw! ¡Keeeraw!

Al menos eso era lo que a mí me parecía que hacían, aunque ¿quién sabe cómo se ríe un hork-bajir?

—¡Humanos! —exclamó Ket Halpak perpleja, y hasta contenta me atrevería a decir.

—¿Eres humano? —me preguntó Jara Hamee.

<Lo era —respondí—. Yo..., um..., esto, no soy exactamente igual que antes. He cambiado>

—Jara Hamee ha cambiado también. Antes no libre, ahora libre.

Fue entonces cuando apareció Ax, como un relámpago, por entre los árboles, y de un salto se colocó en medio del grupo. Llevaba una bolsa con zapatos para los otros.

Veréis, al cambiar de forma, sólo la ropa ajustada permanece intacta; los zapatos, en cambio, se hacen jirones.

Ax depositó la bolsa en el suelo y nos observó a la manera andalita, es decir, mirando en todas direcciones a la vez.

<Lo que estáis haciendo es muy peligroso —nos advirtió Ax nervioso—. Ahora no podemos permitir que capturen a estos hork-bajir. ¡NO pueden atraparlos vivos!>

<No los atraparan —repliqué—. Vivirán libres>

—Libres o muertos —gritó Jara Hamee.

—Me encantan estos dos —comentó Rachel ladeando la cabeza y levantando la vista hacia Jara Hamee—. ¡Libres o muertos! —repitió tan alto como lo había hecho el hork-bajir.

Cassie, Jake y yo también gritamos, aunque con menos entusiasmo. En mi caso era normal, había estado a un paso de la muerte hacía tan sólo unos minutos.

—Tenéis una entre dos probabilidades de morir —vaticinó Marco—, y si seguís gritando con un puñado de taxxonitas a vuestras espaldas, se reducirán a una entre diez.

Rachel echó a correr, agarró a Marco por los hombros y lo agitó con fuerza.

—Venga, chiquitín, dilo... ¡Libres o muertos!

—Bueno, bueno, libres o muertos —repitió Marco y se echó a reír—. Rachel, has perdido el juicio, eres consciente, ¿verdad?

—Sí, pero ha sido condecorada como mejor estudiante por la fundación Packard —puntualizó Cassie.

—Estoy seguro de que los yeerks se quedarán impresionados —comentó Marco.

—Venga, va. Tenemos que irnos —indicó Jake al tiempo que me lanzaba una curiosa sonrisa.

—¿Y a dónde nos dirigimos exactamente? —preguntó Marco.

<Vamos a donde quiera que esté ese valle que me mostró el Ellimista>, contesté.

—¿Por qué no cantamos «Vamos de excursión, con los amigos... tra-la-ra-la... Vamos de excursión....»?

—Marco, no cantes, por favor —le pidió Rachel—. Eres penoso cantando, ya te hemos oído otras veces, ¿recuerdas?

Formábamos un extraño desfile. Transcurrida una hora, llegamos a las estribaciones inferiores de las montañas y las dos horas siguientes las pasamos subiendo. Jake, Rachel, Cassie, y Marco iban en fila seguidos de los dos hork-bajir.

Ax iba por delante abriendo camino. Era el más rápido, incluso más que los hork-bajir, y si se topaba con un hork-bajir enemigo, sabría cómo manejarlo.

Yo cubría la zona desde lo alto. Volaba describiendo un amplio círculo que me permitía alcanzar con la vista a Ax y controlar la zona de los alrededores. Por aquella parte, el viento, procede de las montañas, soplaban en contra y me costaba avanzar. Una vez que llegaba al final de aquella extraña procesión, sobrevolaba la zona hasta divisar los primeros perseguidores taxxonitas.

Ax y yo creíamos que entre los dos evitaríamos sorpresas desagradables. Pero a medida que ascendíamos, íbamos perdiendo seguridad. ¿De qué servía llevar a Jara Hamee y a Ket Halpak a un valle apartado si llevábamos un ejército de yeerks pisándonos los talones?

¿Acaso el Ellimista tenía un plan infalible? Probablemente no. Su objetivo parecía ser intervenir lo menos posible. No le importaba alterar la línea del tiempo pero no intervenía de lleno después. La verdad es que no era de gran ayuda, y la sensación de estar solos aumentaba.

Volé por encima de mis amigos en el momento en que Marco lanzaba una de sus quejas.

—Lo único que digo es que el Ellimista podía tener el detalle de transportarnos a donde quiera que vayamos, ¿no? Ya no siento las piernas de tanto subir y subir.

—¿Vas a seguir lloriqueando durante todo el camino? —preguntó Rachel.

—Tú lo has dicho —confirmó Marco—. Ése es el plan: lloriquear durante todo el camino.

—Pues a mí esto me gusta —dijo Cassie—. Estamos en plena naturaleza, respirando aire fresco. Lejos del ruido y del barullo. No hay televisión ni música a toda pastilla, ni coches. Sólo árboles y animales.

—Claro, sí, en el fondo tienes razón —añadió Marco—. No hay nada como hacer senderismo con un par de criaturas del espacio fugitivas mientras nos persiguen unos gusanos gigantescos y seguramente el propio Visser Tres. Y, lo mejor de todo,

sabiendo que seguimos las instrucciones de un pelmazo galáctico todopoderoso que siempre se sale con la suya y consigue que le hagamos el trabajo sucio.

—Sí —replicó Cassie con un gesto de burla—, pero al mismo tiempo que huyes de los gusanos gigantes, respiras el aire fresco de la montaña. Venga, Marco, al menos haces un poco de ejercicio. —Se colocó detrás de él y empezó a empujarlo montaña arriba—. Repite conmigo: qué divertida es la naturaleza, qué divertida es la naturaleza.

—Y ¿qué te parece si te digo que tengo hambre? —respondió Marco.

Fue lo último que oí al alejarme del área de acción.

Marco tenía hambre y yo también. En realidad todos estábamos igual, incluso los hork-bajir, que no podían descortezar árboles porque entonces les facilitarían la tarea a los perseguidores.

Entonces divisé mi desayuno, aunque ya casi era la hora de comer. Sí, allí estaba, al descubierto, un pequeño ratón hurgando en una piña que se había caído al suelo.

Vacilé un segundo y me lancé. Fue una acometida perfecta.

Sentí una gran satisfacción. El ideal de vida de un ratonero es bastante simple: cuando come es feliz. Y cuando algo se hace bien, se siente satisfecho, incluso aunque la cosa vaya de cazar ratones.

Levanté el vuelo y para cuando remonté por encima de los árboles, el desastre estaba servido.

FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP... aquel era un ruido muy característico.

<¡Helicópteros!>, grité, pero mis amigos estaban demasiado lejos para oírme. Me maldije. ¡Idiota! ¡Idiota! Mientras tú cazabas, los yeerks ha traído helicópteros.

Había tres, a menos de dos kilómetros de distancia, pero se acercaban a toda prisa.

Volé lo más rápido que pude, pero el viento que bajaba de las montañas soplaba en contra y me frenaba. Si a aquellas máquinas les diera por volar justo por encima de mis amigos, los divisarían en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cómo pasar por alto cuatro humanos, dos hork-bajir y un andalita? Sería el fin.

FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP...

Los helicópteros se acercaban cada vez más.

Me valí de todos los trucos que había aprendido para ganar velocidad. Cuando el viento aflojaba, avanzaba al máximo. Para evitar las fuertes rachas de viento, descendía por debajo de los árboles. Poco a poco conseguí ganar terreno.

<¡Jake! ¡Rachel! ¡Sí me oís, salid del camino y transformaos!>

No podían responder porque no estaban transformados en animales. Imposible saber si me habían oído.

<¡Jake! ¡Rachel! ¡Cassie! ¡Marco! ¡Se acercan helicópteros!>

En ese instante, el primer helicóptero me pasó por encima y provocó una fuerte corriente de aire a modo de tornado que me desestabilizó y me hizo perder el equilibrio.

FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP...

Choqué contra una rama y, acto seguido, ¡CRACK!, sentí una dolorosa sacudida.

Batí las alas, pero sólo podía mover la derecha. Me había roto un hueso y el dolor era atroz.

Perdí el equilibrio y caí golpeándome con todas las ramas que encontré a mi paso.

Choqué contra el suelo y permanecí allí, sacudiendo las alas ligeramente y del todo indefenso. Indefenso como sólo un pájaro que no puede volar puede sentirse.

Me invadió el pánico. ¡No! ¡No! Mis amigos me necesitaban. ¡No! No podía permanecer allí tirado en aquellas hojas. ¡No!

Entonces me quedé petrificado al ver lo que se acercaba. No se trataba de un lince, ni de un Taxxonita, hork-bajir o yeerks de ninguna clase. Tan sólo un humilde mapache común. Todo había terminado.



El mapache me observó con sus ojos negros enmascarados. Batí el ala sana y chasqué el pico, pero el mapache era demasiado listo como para creerse mis inútiles amenazas.

FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP-FLOP... Pasó el segundo helicóptero, indiferente a la situación crítica por la que atravesaba un ratonero lisiado.

El mapache me agarró por el ala rota y empezó a arrastrarme. Aquel animal no sería más grande que un gato atigrado adulto, pero en la posición en la que me encontraba, con el vientre hacia arriba, poco podía hacer. Intenté una y otra vez alcanzarlo con el pico, pero fue inútil. Era incapaz de girarme lo bastante como para impulsarme. Y el mapache lo sabía.

De improviso, me llegó el sonido de agua golpeando piedras. Estaba tan atemorizado que a punto estuve de desmayarme. Imaginaba lo que estaba a punto de suceder.

Se dice que los mapaches lavan sus presas, aunque no es del todo cierto. Es verdad que a veces mojan su comida, pero no por motivos higiénicos.

Los mapaches son muy escrupulosos a la hora de comer. Con sus sensibles patitas, palpan la carne y seleccionan lo que quieren comer. El agua a través de sus garras les facilita el trabajo.

El mapache me iba a devorar y no le preocupaba lo más mínimo que yo estuviera vivo.

<¡No! ¡No! ¡No!>, grité en vano.

El agua congelada se filtró a través de mis plumas y, justo entonces, sentí las garras del animal hurgándome en el cuerpo.

<¡No! ¡Noooo!>

ME PEDISTE UNA RECOMPENSA A CAMBIO. ¿LA ACEPTARÍAS AHORA?

¡El Ellimista!

<¡Sí! ¡Sí! Ahora sería el momento perfecto>, exclamé.

YA ESTÁ.

<¿El qué? No ha sucedido nada, ¿no lo ves, chiflado? ¡Todavía soy un pájaro!>

POR SUPUESTO.

<¡Ayúdame!>

Mientras tanto, el mapache me escudriñaba como si fuera un filete y no supiera muy bien por dónde hincar el diente.

EL ANDALITA TE CONCEDIÓ EL PODER DE LA METAMORFOSIS. ÚSALO.

Yo estaba aterrorizado que al principio no comprendí lo que aquello significaba.

No tardé en reaccionar.

<¿Qué? ¿Cómo? ¿Ésa es mi recompensa? ¿Ya está? ¿Eso es todo? ¿Me devuelves la capacidad de la transformación?>

ES LO QUE TÚ ME PEDISTE.

<¡Yo te pedí ser humano! —grité—. ¡Eres un mentiroso! ¡Me has engañado! ¡Yo quiero volver a ser humano!>

El Ellimista no contestó. Yo estaba furioso, sin embargo, en aquellos momentos mi gran prioridad era deshacerme del mapache, que estaba a punto de clavarme sus afilados dienteillos. Así que con las últimas fuerzas que me quedaban, y haciendo caso omiso del agudo dolor que sentía en el ala, me giré lo bastante como para aprisionar con mis debilitadas garras una de sus patas traseras.

«Concéntrate, Tobías —me dije a mí mismo—. Concéntrate o morirás».

Me concentré al máximo, y para mi sorpresa, noté que los ojos del mapache se nublaban y que disminuía la presión que ejercía sobre mi cuerpo. Como si fuera un milagro, empecé a adquirirlo, a sentir que entraba a formar parte de mi sistema.

En materia de metamorfosis no contaba con demasiada experiencia, comparado con los demás. Sólo me había convertido en dos animales, un gato y un ratonero en el que me había quedado atrapado. De repente, el pico se ablandó..., las garras aumentaron de tamaño... y mis alas... mis fantásticas alas se encogieron.

El mapache verdadero retrocedió espantado sin quitarme los ojos de encima mientras yo me convertía en él.

Aunque en tamaño no experimenté un cambio notable —los mapaches no son mucho más grandes que los ratoneros—, el resto me resultaba por completo ajeno. Mi visión poderosa comenzó a debilitarse, pero el olfato se hizo tan agudo como el oído. Las plumas se derritieron para dejar paso a un pelo negro y gris. Me estaba transformando. ¡Sí! ¡Me estaba transformando!

El mapache verdadero ya había visto suficiente. Era lo bastante listo como para saber que no debía permanecer mucho rato en un lugar donde los pájaros se convierten en mapaches. Sin más demora, se alejó de allí.

Me había salvado, al menos de momento. Me había transformado en algo nuevo. Empezaba a tranquilizarme y casi disfrutaba de aquella situación.

¡Había recuperado el poder de la metamorfosis! Se había acabado permanecer sentado en el banquillo. Podría acompañar a mis amigos en todas las misiones y correr los mismos peligros.

Pero no era humano.

«Es lo que pediste», me había dicho el Ellimista. ¡El muy mentiroso! ¡Vaya timo! Me había engañado. Yo quería ser humano, recuperar mi cuerpo, mis manos, mis pies, mis ojos y mi boca de humano.

«No es el momento de quejarse —me dije—. Alcanza al grupo. ¡Deprisa!».

Eché a correr. Aquella sensación de estar corriendo, de mantenerse al nivel del suelo y ver las cosas pasar a tu lado era formidable.

El suelo estaba tan cerca que, en cierto modo, me daba miedo y no podía dejar de pensar: «¡Arriba! ¡Arriba!». Y es que en mi interior todavía sentía el impulso irresistible de ganar altitud. Volar demasiado bajo es peligroso.

Por mucho que me esforzara, el cuerpo del mapache no había sido diseñado para correr. Se movía con pesadez y se entretenía cada dos por tres a olisquearlo todo. No es que fuese incapaz de controlar el cuerpo, eso había resultado relativamente fácil. Ya estaba acostumbrado a los instintos del mapache, a la necesidad acuciante de comer, al miedo a los depredadores.

La clave era conseguir agilizar las patas del animal. Mis amigos se encontraban a más de medio kilómetro de distancia. Jamás llegaría a tiempo para ayudarles.

Me detuve jadeante. El corazón del animal latía acelerado. ¿Que podía hacer? ¿Qué podía hacer? La forma adquirida había sido inútil.

Levanté la cabeza. No veía demasiado, pero intuía que allá arriba se extendía el cielo. De hecho, a través de los árboles me llegaba de vez en cuando una especie de reflejo azul apagado.

Un momento... ¿sería posible? ¿Podría recuperar mi cuerpo de ratonero? El ADN no se ve afectado por las heridas. Si me convirtiese en ratonero, no tendría el ala rota.

¿Sería verdad?

A los otros siempre les había funcionado. Cuando los herían, volvían a su estado natural para después transformarse de nuevo en el mismo animal y las heridas siempre desaparecerían.

Debía intentarlo. ¡Qué situación tan ridícula! Me había quedado fuera de muchas misiones por no poder transformarme, y ahora que podía, no me servía de nada.

Me concentré. Cerré mis ojos de mapache y pensé en una forma diferente, en una con plumas y alas. Poco a poco empecé a recuperar mi cuerpo.

Levanté el vuelo.

Aunque había estado sin alas tan sólo unos minutos, me notaba raro. Sé que los otros están acostumbrados a cambiar de cuerpo continuamente, pero ése no era mi caso.

Escudriñé la zona con mis ojos de ratonero. No había rastro de helicópteros, no obstante, allá abajo se agitaban las copas de unos árboles por el avance de unas bestias enormes. Taxxonitas y hork-bajir, ¿quién si no?

Recorrí con la vista la tropa de búsqueda yeerk hasta llegar a la retaguardia, constituida por controladores humanos, exhaustos por la subida. Les precedían los guerreros hork-bajir, más fuertes y rápidos que los humanos, obligados por sus sargentos a retroceder constantemente para no dejar atrás a los humanos. A la cabeza, y separados un poco del resto, los taxxonitas continuaban imparables.

Yo volaba toda velocidad, sin descanso. Entonces localicé a los helicópteros, muy cerca del suelo y dispuestos en línea. Sin no me equivocaba, habían sobrepasado el lugar por donde debían de encontrarse mis amigos.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Esta vez no hacía falta que el Ellimista predijera lo que iba a suceder. Mis propios instintos de depredador lo percibieron. Mis amigos eran la presa que los yeerks cazarían con métodos ya de sobra conocidos por todos nosotros.

Me separaban de los helicópteros uno o dos kilómetros, por lo que no los oía, aunque la lluvia repentina de rayos rojos refulgía en el cielo. Uno tras otro, los helicópteros dispararon rayos dragón contra árboles secos y maleza todavía más seca.

¡Oh, no! ¡Estaban provocando un incendio!

Una pared de humo avanzó por los árboles y, en cuestión de minutos, alcanzó más de un kilómetro de longitud. El objetivo era bloquear el paso a mis amigos y obligarlos a retroceder, con el fin de que se enfrentaran a los guerreros taxxonitas y hork-bajir, que los aguardaban impacientes.

En medio de todo aquello, divisé una forma de color marrón pálido sacudiendo las alas en un intento desesperado por escapar de las llamas. Un destello rojo y el pájaro ardió en llamas.

¿Y si se trataba de alguno de mis amigos transformados?

<¿Qué se supone que debo hacer? —grité al Ellimista—. ¡Esto es imposible! ¡No puedo detener a esos helicópteros! ¿Vas a quedarte ahí sin hacer nada?>

No obtuve respuesta. Era de esperar. Como había dicho Ax, el Ellimista juega con las personas. A él no le conmovían mis súplicas.

Descendí por debajo de las copas de los árboles. No deseaba caer fulminado por uno de aquellos rayos dragón. Abajo, el viento no era tan fuerte, aunque lo peor, con

diferencia, era esquivar las ramas.

Entonces, vislumbré por segundos la sombra de un ciervo de color azul pálido y cola de escorpión.

<¡Ax! ¡Ax, soy yo Tobías!>

<Hola, Tobías>, saludó Ax como si tal cosa.

<¿Dónde está todo el mundo?>

<No andan lejos. Al parecer hemos caído en una trampa>

<Ni que lo digas —repliqué. Después emití un mensaje por telepatía para que lo oyeran todos los demás—: Agachad la cabeza. No echéis a volar. Los yeerks están disparando a todo lo que asome por encima de los árboles>

Me dirigí hacia un tronco podrido que había allí. Estaba tan cansado que a punto estuve de fallar mi objetivo y estrellarme.

De pronto, un oso del tamaño de una mini camioneta me salió al paso y avanzó hacia mí.

<Rachel, de verdad espero que seas tú porque por hoy ya he tenido bastante>

<Soy yo, Tobías. Tranquilo. Descansa. Hemos calculado que en cinco minutos nos habrán acorralado por completo>

Entonces aparecieron los dos hork-bajir, acompañados por Jake transformado en tigre. Cassie y Marco venían corriendo, huyendo de los disparos de los helicópteros. El pelaje gris y grueso de Cassie estaba chamuscado. Enseguida percibí el desagradable olor a pelo quemado.

<¡Oh, no! ¡Crece el número de helicópteros! —informó Marco—. ¡Hey, Tobías! ¡Has vuelto! Pensé que habías encontrado un escondite seguro>

Decidí hacer caso omiso. Estaba demasiado cansado para molestarme en discutir con Marco.

<Jake, no hay forma de bordear esa pared de fuego>, le advirtió Cassie a duras penas.

—¡Yeerks no! —gritó Jara Hamee con valentía—. ¡Jara Hamee y Ket Halpak libres!

<¡Tendremos que luchar! —sentenció Rachel—. Voto por atacar a los taxxonitas y, cuando hayamos acabado con ellos, hacer lo mismo con los hork-bajir. Utilizando el factor sorpresa y...>

Enmudeció de repente. Ni ella misma se creía lo que estaba diciendo.

<No se detendrán hasta matar a Jara y Ket —concluyó Jake sin rodeos—. Los yeerks no se rinden. No van a consentir de ninguna manera que los hork-bajir escapen>

<Supongo que causarían mal ejemplo —observó Marco muy serio—. Si dos de ellos consiguieran escapar, ¿quién sabe qué podría ocurrir entonces? Tal vez hubiera más intentos. Los yeerks no permitirán que los hork-bajir mantengan la más mínima

esperanza. Les quieren demostrar que no hay salida>

<Marco tiene razón —corroboró Cassie—. Fijaos en los riesgos que están corriendo. Os dais cuenta, ¡han provocado un incendio! Y han inundado el bosque de taxxonitas y hork-bajir ¡Se han vuelto locos!>

—¡Jara Hamee y Ket Halpak libres! —repitió Jara Hamee como si tratara de convencerse a sí mismo.

<¡Un momento! —exclamé—. ¡Un momento! ¡Tú lo has dicho, Jake! ¡Tú lo has dicho..., no pararán hasta que Jara y Ket estén muertos!>

<Sí, ¿y? —me preguntó Jake y automáticamente me adivinó el pensamiento—. ¡Hey! ¡Rachel ya se ha transformado en Jara! ¿Estás pensando lo mismo que yo?>

<Sí —respondí—, eso creo. Desde lo alto he visto un barranco muy profundo. Creo que todavía podemos llegar a tiempo. ¡Sería perfecto! Necesitamos que Marco se convierta en gorila>

<¿Ah, sí? Pues ahora sí que no te sigo, amigo —dijo Jake—. Pero en fin, si tú lo dices, así se hará. Muy bien, Marco en gorila. ¿Qué más?>

<Otro que adquiera a Ket y se transforme en ella>, añadí.

<Yo lo haré>, se presentó Jake sin vacilar.

<No, Jake. Esta vez me toca a mí>, anuncié.

Se hizo un silencio sepulcral y fui blanco de miradas. Debieron creer que me había vuelto loco.

<¿Tú? —preguntó Rachel—. ¿Tú lo harás?>

<Sí, me transformaré en Ket. Sí, voy a transformarme en hork-bajir >

<¿El Ellimista? —preguntó Rachel cayendo en la cuenta—. ¿Eso fue lo que has conseguido de él? Pensaba que te devolvería tu forma humana>, añadió indignada y furiosa.

<Ellimistas —intervino Ax prácticamente vomitando la palabra—. No te puedes fiar de ellos>

<Oh, no —susurró Cassie—. ¿Eso es todo? ¿Te ha devuelto el poder de la metamorfosis pero no...?>

<No —contesté intentando mantener el tipo—. Vuelvo a ser un miembro normal del grupo porque puedo transformarme, pero supongo que... en fin, al parecer seguiré siendo un ratonero y conservaré mis alas>

Les expliqué con detalle las fases del plan. Había que ponerse en marcha. No quedaba tiempo para lamentaciones y lo que menos deseaba era que mis amigos sintieran lástima por mí.

No podía luchar contra el Ellimista.

<Bien, Cassie, tú seguirás convertida en lobo. Ax, tú vigila a Cassie, intenta que no te vean. Marco, has entendido lo que tienes que hacer, ¿no?>

—Sí, lo tengo todo controlado —contestó nervioso.

Había recuperado su forma humana y estaba a punto de transformarse de nuevo.

La parte de Marco era la más difícil del plan. Si fallaba, Rachel y yo moriríamos.

<¿Todo en orden?>, le pregunté a Marco.

—Sí, pero recordad que tenéis que dejar unos segundos entre los dos para que a mí me dé tiempo.

<Sé perfectamente lo que tengo que hacer —informó Jake, que empezaba a recuperar su forma humana—. Me toca arriba> Señaló el cielo.

<Como a mí en los viejos tiempos>, observé.

—Sí. Esperemos que a mí se me dé tan bien como a ti —comentó Jake—. Cassie, Ax, vamos allá. Marco, no le des más vueltas. Es como un pase, tienes que atrapar la pelota con los ojos cerrados. Pan comido para el increíble Marco.

—Oh, no, me estás piropeando —rió Marco—. Ahora ya no me queda duda, se acerca el fin. Pero, no os preocupéis, estoy preparado para ese momento.

Levanté el vuelo y me posé sobre los hombros de Ket Halpak, cosa nada fácil tratándose de un hork-bajir. Mis garras tocaron un trozo de la piel correosa y oscura de la criatura y empecé a adquirir su ADN.

El enemigo se acercaba. El ruido producido por los helicópteros me llegaba con toda claridad, y empezaba a captar incluso el sonido, todavía apagado, de los rayos dragón. Cuando oíamos un estruendo, algo parecido a un trueno, sabíamos que uno de los rayos dragón había alcanzado un árbol y lo había dejado reducido a cenizas en menos que canta un gallo.

Para completar el cuadro, el fuego devoraba a pasos agigantados el bosque.

Intenté apartar todo aquello de mi mente y concentrarme en adquirir al hork-bajir. Ket Halpak languideció y sentí cómo sus músculos se relajaban.

Cuando hube acabado, me posé en el suelo, bajo las atentas miradas de mis compañeros. Supongo que no terminaban de creerse lo que les había contado y temían que hubiese perdido el juicio.

Cerré los ojos y dibujé una imagen mental del hork-bajir. Acto seguido, empecé a experimentar los cambios. Empecé a crecer tan deprisa que no podía evitar chillar.

<¡Aaahhh! ¡Ooohhh!>

<¡Ey! ¡Se está transformando!>, exclamó Marco.

<Algo es algo>, declaró Rachel con amargura.

Preferí hacer caso omiso del tono empleado por Rachel porque acabaría enfadándome yo también, y un depredador no puede perder los nervios jamás. Un depredador sólo puede estar hambriento. La ira siempre se convierte en un obstáculo.

Crecí más y más, y mis alas también. Es curioso cómo funcionan las transformaciones. Nunca siguen un proceso lógico ni el mismo orden que la vez anterior.

Además, siempre resultan repulsivas. Mientras yo me transformaba, observaba los cambios que sufrían mis amigos. Aquello parecía una escena salida de la pesadilla más siniestra de un lunático. Cuerpos que se derriten; apéndices esperpénticos que aparecen de golpe aquí y allá; dientes que surgen antes que la boca; pelo que crece con la rapidez del moho filmado a cámara rápida; humanos enormes que se tambalean sobre diminutas patas de perro inestables.

Si uno de vosotros presenciara por casualidad semejante espectáculo: cuatro chicos y un pájaro derritiéndose y mutando ante la mirada atenta de dos gigantes extraterrestres, seguro que pensaría que se ha vuelto loco y que necesita ver un psiquiatra. Eso si consigues dejar de chillar, claro.

En mi interior también se estaban produciendo cambios radicales. Los notaba y oía a la perfección, pero no me dolían.

Mis entrañas se estaban reorganizando. Los hork-bajir tienen por lo menos dos corazones, tal vez más. Así que, en aquel mismo momento, se me estaba formando un segundo corazón, puede que incluso un tercero y un cuarto, de los que surgirían nuevas arterias y venas que se extenderían por todo mi cuerpo.

Mi aparato digestivo, acostumbrado a digerir ratones crudos, cambiaría por completo para adaptarse a la corteza de árbol.

Oía el gorgoteo interno de los órganos que cambiaban, se estiraban o se apartaban para dejar sitio a los nuevos. Los huesos huecos del pájaro chirriaban al ser sustituidos por grandes huesos sólidos y gruesos.

Mis alas crecieron de forma exagerada y, entonces, a una velocidad pasmosa, las plumas se fundieron hasta formar una piel áspera y correosa. Tras un crujido en las articulaciones de mis alas, éstas adquirieron la forma de los brazos del hork-bajir.

Y a continuación, empezaron a despuntar las cuchillas.

¡SHHHUUUP!, cuchillas en las muñecas.

¡SHHHUUUP!, cuchillas en los codos.

¡SHHHUUUP!, cuchillas en los cuernos arqueados hacia delante que me nacieron en la cabeza de serpiente.

<¡Eh, Tobías! —gritó Marco—. ¡Pero si tienes los mismos pies!>

Era una broma. Aunque, en cierto modo, tenía razón. No había mucha diferencia



entre las garras del ratonero y los pies del hork-bajir, salvo que éstos son cien veces más grandes.

De alguna manera, aquello me hizo sentir bien. Me gustaba el aspecto de aquellas enormes garras temibles y, sobre todo, pensar en la pupa que podían llegar a hacer a los taxxonitas.

Cassie y Ax emprendieron la marcha a toda velocidad. Tenían un buen trecho por delante y debían llegar cuanto antes. Por suerte, un lobo puede correr a una velocidad constante durante todo el día. Y no os tengo que explicar lo deprisa que es capaz de moverse un andalita. Jara Hamee y Ket Halpak se fueron con ellos.

Marco se había transformado en un poderoso y enorme gorila, y estaba listo para irse.

<Nos vemos. Espero>, se despidió.

<¡No nos falles!>, rugió Rachel, apuntándole con su amenazadora mano de hork-bajir.

<No fallaré, pero no tardéis mucho porque a lo mejor me da por echarme una siesta>, bromeó Marco mientras se alejaba por entre los árboles.

Jake se había acomodado en una rama que había encima de mi cabeza. Se había convertido en el ave más rápida de todas: un halcón peregrino. Desplegó las alas y echó a volar, dejándonos solos a Rachel y a mí.

Rachel y yo éramos idénticos. Nos habíamos convertido en un par de guapos hork-bajir.

<¿Preparada?>, le pregunté.

<¿Estás bien, Tobías?>, me preguntó.

<Pues claro. ¿Por qué no iba a estarlo?>

<Bueno, no has tenido, lo que se dice, un buen día>, contestó.

<Soy un fenómeno de la naturaleza —me reí—. Mientras consiga seguir vivo cualquier día es bueno para mí.>

Por encima de las copas de los árboles, Jake surcaba los cielos y nos guiaba a Rachel y a mí.

Qué extraño. Tenía la sensación de que Jake estaba representando mi papel, como si intentara comportarse como yo. Por lo general, era yo quien remontaba los cielos.

<Muy bien, ya no queda mucho —informó Jake—. Estáis llegando. Sabéis qué dirección debéis tomar una vez que los yeerks descubran vuestras huellas, ¿verdad?>

<Sí, ya lo sabemos, mamá —contestó Rachel—. ¿Pero es que nos tomas por idiotas? —Después se volvió a mí y me preguntó—: lo sabemos, ¿verdad?>

<Estoy casi seguro, aunque desde aquí abajo es difícil orientarse. Sólo ves árboles y matorrales. Es imposible divisar el horizonte, ni tan siquiera el sol>

Para un hork-bajir resulta muy difícil avanzar en silencio por un bosque. Y era demasiado temprano para comenzar a arrasar zarzas y arbustos de espino. Atraeríamos demasiado la atención.

Así que intentábamos caminar deprisa sin hacer demasiado ruido. Pero ¿qué queréis que os diga? Los cuerpos de los hork-bajir no están diseñados para moverse con sigilo.

<Para eso estoy yo aquí —añadió Jake—, para guiaros. No os preocupéis. Veo el barranco y hasta veo a Cassie, Ax y los dos hork-bajir dirigiéndose a sus posiciones. Allí está Marco. Ésos ojos de halcón son fantásticos, puedo distinguir hasta las pulgas de Marco.>

<Claro, desde ahí arriba es muy fácil hacerse el valiente —murmuré—; como estás a salvo...>

<¿Puedes ver la línea del fuego? —preguntó Rachel—. Porque yo puedo olerlo>

<Sí —contestó Jake—. De hecho, el fuego forma un semicírculo a vuestro alrededor. La otra parte del semicírculo la forma los taxxonitas y sus amigos. La única salida es el barranco. Es nuestra única oportunidad>

<Estupendo>, añadió.

<¡Cuidado, chicos! Tenéis a un par de taxxonitas detrás de esa montaña de piedras>

<¿Qué montaña de piedras?>, preguntó Rachel.

<Bueno, desde aquí arriba veo que es una montaña de piedras. Desde donde estáis vosotros seguramente parecerá una maraña de hierbajos y espinas>

<Genial —dijo Rachel sin inmutarse— supongo que ha llegado la hora>

<Sí. Las damas primero>

<No, no, por favor, usted primero>

Nos abrimos paso entre los matorrales y subimos a lo alto de lo que resultó ser una pila de piedras.

Al llegar a la cima nos detuvimos para otear el horizonte.

A tan sólo seis metros de allí divisamos a dos taxxonitas. Esa especie se había convertido en aliada de los yeerks; no eran simples esclavos. Los taxxonitas son malvados y repulsivos. Son capaces de devorar miembros de su misma especie si se les presenta la oportunidad.

No sé si fue mi parte de ratonero la que se puso furioso al ver aquellos gusanos enormes quebrantando la tranquilidad del bosque, o mi lado humano, que sencillamente odiaba a esos asquerosos bichos gigantes y punto. Aunque tal vez fuese un instinto hork-bajir, el caso es que de repente la ira y un odio descontrolados se apoderaron de mí.

El arranque de furia fue tan fuerte que, de repente, cambié de planes. En lugar de huir de aquellos monstruos, sentí la necesidad imperiosa de probar mis cuchillas con aquellos seres repugnantes.

<Vamos por ellos>, ordené a Rachel.

<¿Qué? —exclamó Rachel volviendo su cabeza de serpiente hacia mí—. ¡Ése no era el plan, Tobías!>

<Éste no es su territorio. ¡Míralos! Mira cómo se mueven por el bosque, ¡como si fueran los amos! ¡No deberían de estar aquí! No es su sitio. ¡Es nuestro! ¡Es mío!>

<Tobías, tranquilízate. Yo tampoco los soporto, pero tenemos que atenernos al plan>

<No —repliqué—. Estoy harto de planes>

Rachel me agarró por un hombro. Estuve a punto de girarme y golpearla. Estaba rabioso. De hecho, levanté un brazo para descargarlo sobre ella.

<Escucha, Tobías —insistió Rachel sin retroceder—. Entiendo que estés dolido. Pero no es el momento ni el lugar. La persona con la que quieres luchar queda fuera de tu alcance. Sabes muy bien que no puedes arremeter contra el Ellimista por haberte traicionado>

Aquellas palabras calaron en aquel sentimiento de furia ciega que me había invadido. De acuerdo, el Ellimista era inalcanzable, y era él con quien estaba furioso, ¿no? Rachel tenía razón, no podía ser de otra forma.

La culpa era del Ellimista.

<No estropees los planes, Tobías. Tranquilízate. Enfadarse sólo empeorará las cosas. ¿No te das cuenta de que podríamos morir?>

<Sí, tienes razón. Dejemos las cosas como están>

Rachel soltó mi hombro. Miré fijamente a los taxxonitas, que se habían quedado paralizados al vernos. Sabían de sobra que no tenían nada que hacer contra dos hork-bajir desesperados.

Pero entonces comenzaron a desfilar sombras entre los árboles. Se trataba de guerreros hork-bajir, de controladores hork-bajir.

—¡Sssrrrreyyyaa ssseewwwitt! —chillaron los taxxonitas en su idioma siseante. Debían de ser una docena y se acercaban a toda velocidad.

<¡Salgamos de aquí!>, gritó Rachel.

<¡Los tenéis detrás!>

Reaccionamos de inmediato y echamos a correr sin preocuparnos de si dejábamos demasiadas ellas los hork-bajir nos pisaban los talones.

<Por ahora el plan marcha sobre ruedas>, exclamó Jake.

<Sí, nos están persiguiendo>, replicó Rachel.

Nos abrimos camino por entre matojos y arbustos al igual que lo haría un hork-bajir, azotando frenéticos el aire con nuestros brazos que parecían serpientes al ataque. Destruíamos matorrales y arbolillos, como si fuéramos un par de cortadoras de césped nucleares descontroladas.

¡SLASH! ¡SLASH! ¡SLASH! ¡SLASH!

Pero no contábamos con una enorme desventaja frente a nuestros perseguidores. Vernos obligados a cortar todo aquello que se interponía en nuestro camino nos hacía perder tiempo, mientras que los enemigos encontraban vía libre y nos iban ganando terreno.

<¡Os están alcanzando!>, advirtió Jake.

<Ya nos hemos dado cuenta. ¿Cuánto falta hasta el barranco?>

<¡Demasiado! No lo conseguiréis si seguís ese camino>

<¡Pues búscanos tú uno!>, grité. Los perseguidores ya asomaban por detrás. Las cuchillas de sus cuernos se agitaban por encima de la maleza. No tardaríamos en percibir el mal olor de su aliento.

<Desde aquí no... no puedo calcular dónde están las cosas —se justificó Jake—. Es como leer un mapa. ¿Qué debo buscar?>

<Busca un desnivel —le indiqué—. Tiene que haber una cuenca o un arroyo cerca. Cuanto más profundo mejor.>

<Oh. No veo nada. ¡Un momento! Allí hay un desnivel. Sí, y a demás baja un arroyo>

<¡Izquierda o derecha!>, grité.

<Está bien. ¡Izquierda! ¡No! ¡No! ¡Es mi izquierda! Vosotros, ¡a la derecha! Diez pasos más...>

Los teníamos encima. Unos segundos más y nos verían con toda claridad.

<¡Ahí está!>, exclamó Jake.

<¡Sí! —confirmé. Llegamos a un arroyo poco profundo, oculto casi por completo por enredaderas y ramas bajas—. Por aquí, Rachel>

Me agaché tanto como mi cuerpo rígido de hork-bajir me permitía y continué corriendo río abajo en esa postura. Rachel me seguía a un palmo de distancia.

<¡Ay!>, exclamó.

<¿Qué pasa?>

<Me has rozado en el cuello con la cola. ¡Sigue! ¡Sigue! ¡No tiene importancia!>

Poco a poco, el ruido de los perseguidores se fue amortiguando.

<Muy bien —se congratuló Jake—. Los habéis despistado. Ahora, girad a la izquierda para retomar la dirección hacia el barranco.>

Salimos de la cuenca del río. Pisamos tierra firme sobre un campo abierto de altos árboles.

<Oh, no. Esto tiene muy mala pinta>, se lamentó Jake.

<¿El qué? ¿Qué pasa?>

<El fuego se acerca al borde del barranco por el norte y los yeerks cierran el paso por el sur>

<¿Qué vamos a hacer?>, pregunté.

<Escuchad, no hay forma de escapar, Tobías. Entre vosotros y el barranco hay una tropa de hork-bajir. No queda elección, tenéis que atacarlos>

<Espero que no hayas perdido del todo tu furia —me dijo Rachel—. Parece que, después de todo, vamos a luchar>

A la izquierda, el fuego. A la derecha la tropa de choque de taxxonitas.

Y por delante, un barranco de miles de metros de profundidad. Parecía que alguien hubiese hecho un tajo en la tierra tan hondo que se podría arrojar un rascacielos por él.

El barranco no era muy amplio. Mediría unos doce metros de ancho. Al fondo corría un río, que aumentaba su caudal en primavera con el deshielo.

En aquella época, el río bajaba poco crecido, formando depósitos de arena a ambos lados.

<¡Estáis a quince o veinte segundos del barranco! —informó Jake—. Pero tenéis a seis monstruos bloqueando el paso. Dos taxxonitas y cuatro guerreros hork-bajir>

<¡Oh, no!>, murmuré.

Quince segundos, había dicho Jake. Empecé a contar en silencio.

«Uno...dos...tres...cuatro...».

—¡Grrrroooooouurrr! —Un hork-bajir me salió al paso. Aquella piel oscura y correosa y aquellos destellos de cuchillas eran inconfundibles. Enseguida aparecieron más. ¡Estaban por todas partes!

<¡Rachel! ¡Detrás!>

¡FLASH!, una de las cuchillas me dibujó un hilo de sangre en el pecho.

¡FLASH!, contraataqué a gran velocidad con todas mis fuerzas y despedacé a mi contrincante.

<¡AHHHH!>, bramé de dolor. Uno de los hork-bajir se había precipitado sobre mí y me había golpeado por detrás. Toda la parte izquierda de mi cuerpo había quedado paralizada.

¡FLASH!

¡FLASH!

¡FLASH!, mis cuchillas desgarraban a troche y moche la carne de los hork-bajir. Creo que perdí el control porque llegó un punto en el que no sabía lo que estaba haciendo. Me había convertido en una máquina asesina de encendido automático.

Aunque yo también estaba recibiendo lo mío. Éramos menos. Yo luchaba contra tres y Rachel contra dos. Mi amiga había logrado deshacerse de uno.

¡FLASH! ¡FLASH! ¡FLASH! Aquello era un cruce de navajazos. Conseguí bloquear a uno que venía directo a mi cabeza. Levanté una rodilla y lancé las garras hacia atrás, de golpe, para hincárselas en el muslo al hork-bajir que tenía a mi espalda.

Los movimientos se sucedían a cada décima de segundo. Mientras frenaba dos golpes, ya había repartido tres.

De repente... ¡BUM!, mi pierna izquierda cedió y me caí de espaldas al suelo.

Dos hork-bajir se abalanzaron sobre mí. Uno de ellos levantó un pie, dispuesto a clavarme sus garras en el pecho.

Inmóvil e indefenso como estaba miré hacia el azul del cielo. De pronto, divisé un destello de color gris pálido, un objeto que descendía a la velocidad de un cohete. Parecía una flecha disparada desde una nube. Tenía las alas pegadas al cuerpo y bajaba a más de doscientos kilómetros por hora.

¡Un halcón peregrino! El ave más rápida de todas.

¡Jake!

En el último segundo, desplegó las alas, frenó la caída y extendió sus garras en un movimiento perfecto.

Incluso dominado por el dolor, triado como estaba y en el umbral de la muerte, pensé que nunca había visto nada tan elegante en toda mi vida.

Visto y no visto, Jake desapareció y el hork-bajir, en medio de gritos de dolor, se tapaba los ojos.

Era mi oportunidad. Moví mi pierna de izquierda a derecha y golpeé a mi adversario en las piernas de modo que perdió el equilibrio, pero antes de que tocara el suelo, yo ya me había puesto en pie sobre la pierna sana.

Me acerqué hacia Rachel y la ayudé a derrotar a su último contrincante.

<¿Preparada para largarse de aquí?>

<Hace rato>, contestó Rachel.

Aunque una de mis piernas estaba por completo inutilizada, me valía de la cola para no perder el equilibrio y poder avanzar, aunque fuese cojeando, a una velocidad relativamente decente. Rachel me sacó ventaja enseguida, pero después de todo no nos habíamos apartado demasiado de nuestros planes.

<Jake —le dije—, nos has salvado, amigo. Deja que te diga que te quiero>

<¡Ja, ja, ja! ¡Eso sí que tiene gracia! ¡Vaya, vaya! ¡Ha sido genial!>, exclamó Jake.

Rachel y yo corrimos hacia el precipicio. Notábamos el calor que desprendía el fuego. Entonces, la dirección del viento cambió y me vi rodeado por un denso humo negro que me impedía distinguir a Rachel.

Cuando el humo se disipó, me encontré frente a frente con un Taxxonita.

<Has tenido suerte de que tenga prisa porque si no te haría picadillo de gusano>, le amenacé y seguí mi camino.

<¡Rachel! Tres metros a tu izquierda —indicó Jake—. Sigue, sigue. ¡Ahí entre esos dos arbolillos!>

Miré justo a tiempo para ver cómo Rachel se lanzaba al vacío... y desaparecía de mi vista.

Mis corazones dejaron de latir. Los dos. Y sentí un nudo en la garganta.

Había kilómetros y kilómetros hasta el fondo de aquel barranco. Ni siquiera un

hork-bajir sobreviviría al impacto.

Era mi turno. Me acerqué al borde del precipicio.

<¡Cuidado! ¡Tobías! —chilló Jake—. ¡A tu izquierda! ¡Delante de ti! ¡Dios mío con tanto humo no los había visto a todos! Tobías, ¡es él!>

Una gruesa muralla de humo se arremolinó y después se disipó, como si alguien realizara un escalofriante truco de magia. Cuando parecía que sólo existía el barranco ante mí, surgieron de repente tres hork-bajir y un andalita.

Un andalita que, en realidad, no era un auténtico andalita, sino Visser Tres transformado e interponiéndose en mi camino.

Los hork-bajir son rápidos pero, ante la cola de un andalita, no tienen nada que hacer. Además, jamás saldría victorioso de una pelea contra tres hork-bajir y Visser Tres. Imposible.

Hasta que, de repente, tuve una brillante idea...

Sonreí, al menos para un hork-bajir eso era sonreír, y le miré fijamente a los ojos principales.

—¡Ket Halpak libre! —grité con voz de hork-bajir.

Cargué contra él, ignorando el dolor agudo que sentía en mi pierna herida.

Visser Tres me observó impassible durante un par de segundos y, entonces, cayó en la cuenta. Veréis, podría clavarme su aguijón e, incluso, matarme antes de llegar al borde del barranco, pero lo arrollaría con el impulso y lo arrastraría conmigo al vacío.

En el último segundo, Visser Tres se apartó.

—¡Ket Halpak y Jara Hamee libreeees! —grité desafiante al tiempo que me lanzaba al vacío.

La caída me pareció una eternidad.

De repente, apareció ante mi vista un enorme brazo, con un puño del tamaño de un jamón, que me agarró de una de las piernas y frenó mi descenso. Me golpeé contra la pared del barranco. Acto seguido, el brazo tiró de mí hasta colocarme sano y salvo en una cueva poco profunda de la pared del barranco.

No existe animal en la Tierra capaz de detener la caída de un hork-bajir de dos metros de alto. Excepto el gorila, claro está.

<Buen puño>, le dije a Marco.

Me transportó hasta el interior de la cueva y me empujó hasta donde Rachel me esperaba tan tranquila.

Nos agazapamos en la cueva y aguardamos pacientemente en silencio. Nos hallábamos a pocos metros por debajo del borde del barranco.

Por encima de la cueva, la pared formaba un saliente que nos permitía mirar hacia el fondo del barranco sin ser vistos desde arriba. Allá abajo, en la arena, se distinguían las formas deshechas de dos hork-bajir de aspecto moribundo, y de un par de lobos hambrientos devorando su carne «muerta».



Jara Hamee y Ket Halpak permanecieron inmóviles mientras Cassie y Jake, que había descendido en forma de halcón y se había transformado en lobo, fingían devorarles. Por suerte, los hork-bajir son capaces de soportar el dolor, entre otras cosas porque sus heridas cicatrizan deprisa. Os aseguro que, de no haber sabido la verdad, pensaría que aquellos dos iban a ser pasto de los lobos.

Contuve la respiración. ¿Conseguiríamos engañar a los yeerks? ¿Se creería Visser Tres que Rachel y yo habíamos muerto?

En mi mente resonó el eco de una risa cruel.

<Idiotas —se burló Visser Tres—. Nadie escapa del imperio yeerk, y menos un par de imbéciles como vosotros. ¡Miradlos todos vosotros! ¡Eso es lo que os espera si alguno más intenta escapar! —les amenazó Visser Tres soltando una carcajada cruel—. Los lobos les darán el entierro que se merecen>

Esperamos hasta que Visser Tres y el resto de los yeerks, tanto humanos como hork-bajir y taxxonitas, se hubieran marchado.

Entonces, escalamos hasta el borde del barranco y, una vez allí, recuperamos nuestras formas naturales. Una vez reunidos todos, nos pusimos en marcha a través del bosque calcinado. Debíamos darnos prisa porque la patrulla de incendios forestales llegaría en cualquier momento, a pesar de que el fuego se había extinguido casi por completo.

Encontramos el valle. Era el mismo valle pequeño que el Ellimista me había mostrado, el mismo que, de no saber de su existencia de antemano, jamás hubiera encontrado.

Había hecho un trabajo estupendo. Era la marioneta perfecta del Ellimista. No me arrepentía de lo que había hecho, jamás lamentaría haber ayudado a alguien que escapara de los yeerks.

Pero volvía a ser un ratonero, y seguiría así para siempre.

La abertura en la pared de piedra que conducía al valle era tan estrecha que, por un momento, pensamos que los hork-bajir no cabrían por ella. Aquel lugar parecía una de esas guaridas de bandidos que salen en las películas de vaqueros. Era asombroso.

—¿Sabéis una cosa? Me pregunto si este valle existía ya antes.—inquirió Jake.

<¿Estás diciendo que tal vez lo creara el Ellimista?>, pregunté.

—¿Por qué no? —contestó Jake encogiéndose de hombros—. Es demasiado perfecto.

Preferí no seguir con el tema. El Ellimista me había mentido. No me había devuelto mi forma humana. Y aquél no era momento de hablar de ello. Habría sido muy egoísta por mi parte estropearles la fiesta a los hork-bajir.

Mientras mis amigos entraban en el valle, aproveché una corriente de aire ascendente y me elevé por los aires.

Incluso desde allá arriba resultaba difícil divisar el valle, a no ser que supieras que existía. Desde lo alto parece una zona de árboles muy tupida. Hasta que no descendí por debajo de los árboles no alcancé a ver el lago de aguas poco profundas y orillas arenosas. Había árboles de todas las clases. Arbustos de bayas rodeaban una pequeña pradera soleada que yo había visto en mi mente.

Para ser sinceros, aquel lugar habría sido el paraíso para un ratonero, el territorio perfecto de un ave rapaz.

Di la vuelta y volé hasta donde se encontraban mis amigos, que observaban el lugar boquiabiertos.

—Es precioso —dijo Cassie.

—¿Hemos llegado? —me preguntó Jara Hamee.

<Sí, éste es el sitio>

—Buen sitio —añadió Ket Halpak—. Buen sitio para *kawatnoj*.

—¿Para qué? —preguntó Jake intrigado.

<Ya lo han mencionado otras veces. Jara Hamee, ¿qué significa *kawatnoj*?>

—*Kawatnoj* significa pequeño hork-bajir. Pequeño Jara Hamee, pequeño Ket Halpak.

—Niños —tradujo Rachel—. Van a tener bebés hork-bajir.

<Serán los primeros hork-bajir que nacen en libertad en mucho tiempo —observó Ax—. El Ellimista no mintió. El valle existe.>

<No, no mintió —añadí—, al menos no en eso>

—Bien. Hay que quitarse la ropa —añadió Marco con decisión—. Ya conocéis las reglas. En el Jardín del Edén hay que ir desnudo. Rachel, puedes empezar tú misma.

—¿El Jardín del Edén? —repitió Jara Hamee—. ¿Así se llama este lugar?

—No, a no ser que te cambies de nombre y pases a llamarte Adán —respondió Marco—. Era una broma, grandullón. Pero, dime una cosa, ¿cómo se distingue una hembra hork-bajir de un macho?

—¿Hembra? ¿Macho? ¿Qué es? —preguntó Jara Hamee, confundido.

—Venga, Marco, explícaselo —se burló Cassie.

Pero Ket Halpak lo había comprendido.

—Jara Hamee y Ket Halpak diferentes. Jara Hamee tiene tres aquí —explicó señalando las cuchillas de los cuernos—. Ket tiene dos.

—¿Ésa es la única diferencia? —preguntó Marco.

—Otra diferencia, sí —contestó Ket con afección—. Pero saber sólo hork-bajir.

Aquello resultó divertido, incluso Ax soltó una carcajada, lo cual dejó aún más sorprendidos a los hork-bajir.

Después de un buen rato, todos se marcharon, excepto yo, que me quedé con los hork-bajir para ayudarles a inspeccionar su nuevo hogar. Encontré cuevas donde podrían pasar las noches de frío, y les expliqué que no podían salir del valle, al menos hasta que la Tierra estuviera libre de yeerks.

Luego me fui a casa, a mi pradera, a mi territorio.

Los hork-bajir habían encontrado el Edén. Los otros habían vuelto a sus casas. Y a mí me quedaba la pradera.

Al día siguiente era domingo, como si aquello me importara.

Rachel vino a verme, pero no me apetecía recibir visitas, así que me fui y la dejé llamándome a voces.

—¡Tobías! ¡Tobías! ¿Dónde estás?

Imaginaba el motivo de su visita. Iba a decirme que no me preocupara, que todo iba a salir bien. Quería asegurarse de que no estaba demasiado abatido. Y, conociendo a Rachel, seguro que me ayudaría a maldecir y echar la culpa al Ellimista.

Lo siento pero no quería la compasión de nadie, ni siquiera de Rachel. Ya me las apañaría, aunque por el momento me estaba costando lo mío, la verdad. Y sabía que si alguien me dirigía dos palabras de cariño, me desplomaría por completo.

Soy un depredador, un ave rapaz, un ratonero. No quería que nadie sintiese lástima por mí.

Durante el día retomé mis actividades. Fui a vigilar las entradas del estanque yeerk y observé el ir y venir de los controladores.

Me encontraba bien, hasta que se hizo de noche.

Volví a mi rama favorita en el viejo roble y desde allí contemplé el quehacer de zorros, mapaches, búhos y otras criaturas nocturnas.

Ax pasó por allí. Tampoco tenía ganas de hablar con él, pero mi amigo sabía que me encontraría allí.

<Hola, Ax-man>, saludé.

<Hola, Tobías. ¿Cómo estás?>

<Como siempre, pero hoy no me apetece hablar mucho>, respondí sin rodeos.

Supongo que Ax lo entendió y, tras un par de segundos, puso una excusa y se fue.

Era consciente de que me regodeaba en mi desgracia. Pero ¿y qué? Tenía motivos de sobra, ¿no?

«Así que esto es todo —me dije con amargura—. Ésta será tu vida para siempre. Olvídate de un hogar, de una cama, del colegio. No volverás a ser humano».

Me dibujé una imagen mental de la vida humana. Vi una luz dorada y cálida, una televisión, sillones, camas y mesas. Comida en pequeñas cajas y enlatada. Libros, revistas, juegos. Y más cosas.

Y vi a mis padres, al menos, como yo los recordaba por las fotografías. Yo era demasiado pequeño cuando se fueron para acordarme de ellos.

Aquél era el tipo de vida que jamás recuperaría.

Pero ¿sabéis una cosa? Incluso sumido en la pena más absoluta, era consciente de que no estaba siendo del todo sincero. Porque aquella vida cálida y dorada tal vez la vivían otros, pero la mía no había sido así.

«De acuerdo —pensé—. Quizá mi vida como humano no haya sido tan

maravillosa, pero eso no significa que me guste la idea de pasar el resto de mis días convertido en pájaro».

Entonces me vino a la mente otro recuerdo, más reciente esta vez. Me vi a mí mismo con aquella forma, mitad pájaro, mitad humano, en que me convertí cuando apareció el Ellimista en la neblina turquesa.

«¡No!», me dije al tiempo que sacudía la cabeza. Es un truco del Ellimista.

Intenté alejar aquellos pensamientos de mí. Necesitaba conciliar el sueño. Debía descansar. Por la mañana me sentiría mejor.

Cerré los ojos... y cuando los volví a abrir, ya no estaba en el árbol.

Me encontraba en la habitación de una casa.

Era de noche y a mi lado brillaban los números azules de un despertador. Había alguien durmiendo en una pequeña cama toda revuelta y, sobre la almohada, se distinguía la cabeza de un niño rubio.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Conocía la habitación y la cama, y a la persona que se revolvía sin parar a causa de sus sueños tristes.

Me posé en la mesita y mi aleteo le despertó.

—¿Un pájaro? —preguntó pestañeando varias veces seguidas para despejarse.

<No es más que un sueño>, le expliqué. Mi corazón latía tan fuerte que parecía a punto de explotar. Aunque, al mismo tiempo, sentía una calma extraña, como si supiera lo que iba a ocurrir, como si ya hubiera pasado antes.

Entonces vi el calendario. Era un calendario de *Star Trek*. Qué extraño, según aquel calendario estábamos a un día de producirse el suceso del recinto abandonado, cuando Jake, Marco Cassie, Rachel y yo tomamos un atajo de regreso a casa.

—¿Un sueño? —El niño se incorporó y me miró con expresión preocupada—. Te conozco, ¿verdad?

<Más o menos —repliqué—, y yo sé quién eres..., Tobías>

—¿Cómo sabes mi nombre?

<No te lo puedo decir. Escucha, Tobías, yo...>

¿Qué podía decirle? ¿Qué podía decirle a mi antiguo yo? No podía decirle que todo iba a salir bien. Ni siquiera lo sabía. No podía decirle lo que le iba a ocurrir. Ninguna persona en su sano juicio lo hubiera creído.

Y yo, ¿había olvidado ese sueño?

<Tobías —continué—, vuelve a casa con Jake. Cortad por el recinto abandonado>

—¿Qué?

Me reí con tristeza. ¿Por qué le había dicho eso? ¿Por qué le había recomendado que atravesase el recinto abandonado? Allí fue donde empezó todo. Allí fue donde yo iniciaría el camino que me convertiría para siempre en un ratonero.

Entonces comprendí lo que estaba ocurriendo. Me estaba viendo a mí mismo

cuando todavía era humano. Y de esa forma, mirándome desde fuera, me resultaba imposible escapar de la verdad: aquel chaval no era yo.

Yo no era Tobías, el humano. Me había convertido en otra cosa, en algo diferente. ¿Qué me había dicho el Ellimista?: «Tobías... eres un principio, un punto en el que una línea de tiempo puede dar un giro».

<Tobías, ahora duérmete>, le pedí al niño.

—Ya estoy dormido, ¿no? Esto tiene que ser un sueño porque si no lo es, jamás conseguiré dormirme.

<Yo puedo ayudarte a dormir —me ofrecí—. Extiende un brazo. No temas>

El humano Tobías siguió mis indicaciones. Desplegué las alas y de un salto me posé en su brazo. No quería hacerle daño con las garras. No era necesario clavarlas en su piel, bastaría con el simple contacto.

Tobías parpadeó ligeramente y enseguida languideció. Igual que cuando se adquiere el ADN de los animales. Cerré los ojos y me concentré en él, en el ADN humano que estaba entrando en mi cuerpo.

Cuando los abrí de nuevo, me encontraba en mi árbol.

¿Había sido real o se trataba simplemente de un sueño?

«NO LO OLVIDES —resonó una voz enorme—. DOS HORAS, TOBÍAS».

No le pregunté al Ellimista lo que quería decir. Lo había comprendido a la perfección. Había adquirido mi propio ADN humano, pero tan solo era una forma más. Si permanecía en mi cuerpo humano más de dos horas, me quedaría atrapado para siempre, y eso significaría que no podría volver a transformarme nunca más. Ni ser un ratonero, ni volar.

«¿HE CUMPLIDO MI PROMESA?».

<Sí>, contesté.

«¿ESTÁS CONTENTO, TOBÍAS?».

Al día siguiente era lunes. Rachel recibiría el premio de la fundación Packard a la mejor estudiante.

Aparte de ella, habían sido elegidos otros cuatro niños. La ceremonia tendría lugar en el gimnasio del colegio y a ella asistirían todos los padres, orgullosos de sus hijos. Los niños condecorados eran los más felices porque la entrega les había librado de la última hora de clase.

Me perdí la primera parte de la ceremonia. Debía ir con cuidado y prestar mucha atención a la hora. Sólo disponía de dos horas justas, lo sabía por experiencia. En aquellas dos horas, tenía que caminar desde las afueras del bosque hasta el colegio y reservarme tiempo suficiente para volver.

Estaba asustado y nervioso. Me colé por la parte del fondo del auditorio. Una profesora me lanzó una mirada, como si le sonara mi cara pero no supiese de qué.

Permanecí en la sombra. Me molestaba el techo del auditorio. Siempre que no podía ver el cielo me sentía incómodo. Pero aguanté todo lo pacientemente que pude, observé el acto a través de mis débiles ojos humanos y escuché el bla, bla, bla, a través del débil oído humano.

Sólo al final, cuando los premiados desfilaron, abandoné la zona de sombras.

Rachel era la última en desfilar. Estaba guapísima, como siempre. Y caminaba con paso decidido, típico en ella.

Cassie le guiñó un ojo al pasar por su lado. Rachel puso los ojos en blanco, burlándose de sí misma, y Cassie se echó a reír.

Cuando pasó cerca de Marco, éste hizo una falsa reverencia. Ya sabéis, como si estuviera adorando a algún ídolo. Rachel se rió y movió la cabeza de un lado a otro.

Después, pasó por mi lado, me miró de pasada, y continuó indiferente en dirección a la salida.

De repente, se detuvo.

Se dio la vuelta. Tenía los ojos abiertos como platos.

—Hola, Rachel —saludé con voz humana.



KATHERINE ALICE APPLGATE. (Michigan, 19 de Julio de 1956) Es una autora americana bien conocida por sus exitosas sagas *Animorphs*, *Remnants* y *Everworld* entre otras sagas, si bien algunos de los libros de dichas series fueron coescritos por autores fantasma.

Ganó el *Best New Children's Book Series Award* de la revista *Publishers Weekly* en 1997, y su libro *Home of the Brave* le ha brindado dos premios más. Para más información, visita su web personal en <http://www.katherineapplegate.com/>.